

Capítulo VI: Comentarios

A. FONDO DE REPTILES. Los periodistas y la corrupción en Honduras

Eduardo Bähr

"Su fuerza mayor es el arte de servirse de los otros dándoles la impresión de que les presta un servicio"
Gide

No. Pese a que de sopetón esta croniquilla parece empezar con la amenaza - subliminal en el título- de que se va a convertir en un estudio puntilloso de uno de los comportamientos más deplorables del hondureño posmodernista (la corrupción, y su derivado corrupto- "que se deja o ha dejado sobornar, pervertir o viciar"), debemos confesar que tenemos la intención, únicamente, de hacer una reflexión, acerca del fenómeno, mucho más amparados por los datos investigados en la misma prensa escrita nacional que en nuestro supuesto conocimiento de la materia, ya que ni siquiera somos periodistas, ni algo de la gama que se engloba en el concepto, bastante amplio en el quehacer ese de informar, formar y orientar con el que se sacrifican diariamente nuestros compatriotas, honestos los muchos, envilecidos los muy pocos.

Con decir que el título no es nuestro, sino de Bismarck (Otto Edward Leopold); y que corresponde a la denominación, tal vez familiar y mimosa, con la que se refería al grupo de comunicadores que tenía a su servicio, para que lo adulara por un estipendio tratado en el contrato ético - moral y evidentemente de mutuo acuerdo. Hasta en lo de "hondureño posmodernista" nos estamos equivocando, pues el tal proceder no es nada nuevo ni contemporáneo: ya desde los mismos inicios de nuestra vida republicana hay indicios de que algunos pecaban por la paga, como se desprende de estas líneas escritas en su famoso Al pueblo de Centroamérica, más conocido como "Manifiesto de David", por Morazán y que a la letra dice: "En vuestra patria cometíais culpas que se olvidan por unas tantas monedas, y a nosotros se nos exponía a la vergüenza pública"...

Donde se nos ocurre qué es la Comunicación y qué son o deben ser los comunicadores.

Hace ya algunos decenios, los clásicos de la Comunicación (tal ciencia, arte y profesión), como Nixon y Mc Luhan, pronosticaron que con los medios electrónicos comenzaría el periodo del "global village", la idea universal, idéntica en todas partes. Teóricamente impulsaron la manera en que se desarrollaría con relativa facilidad el proceso de convencer a los demás de que tal concepto, este candidato, este otro servidor público, este automóvil, eran los que le convenían.

Se dijo, en pocas palabras, que un emisor daba forma a un mensaje y el objetivo de este mensaje era el de pretender lograr que un receptor lo interpretase para que, mediante la retroalimentación, se pusiesen de acuerdo en una compraventa, subjetiva o concreta, de bienes o conciencias, teniendo en el meollo un medio de transmisión o difusión que sabía qué decir y cómo decirlo. Era nada menos que un proceso mediante el cual eran transmitidos estímulos que tendían a modificar los

comportamientos de los públicos para que, al ser intervenidos, estuviesen convencidos, persuadidos, de tal cosa; y que de esa manera adoptaran o consolidaran determinados cambios en sus actitudes y sentimientos. Honestamente, se dijo también que las estrategias y las tácticas serían aquellas que cumplieran con las aspiraciones de los niveles locales, de los receptores de los mensajes, y que tales aspiraciones se convirtieran en una respuesta a los problemas de audiencias y públicos específicos.

De tal manera fue cierto esto que en el desarrollo de la ciencia de la Comunicación hubo mensajes estilizados y dirigidos sólo para adultos varones, adultas mujeres, mujeres adolescentes, muchachos con acné, niños y niñas, minorías étnicas, ejecutivos de empresa. En fin, para winners and losers en un mundo cada vez más y más competitivo.

Con posterioridad, la ciencia - o arte, según se vea- evolucionó hacia teorías más actualizadas en las que curiosamente, se omitía también el pecado original que consistía en la falta de socialización del mensaje, en relación con las respuestas del receptor, que deberían ser dirigido y pensadas con criterio e independencia, con libertad para actuar de tal forma que la responsabilidad de sus actos recayera sobre él y nadie más que él.

En la Teoría de Sistemas y en relación estricta del hecho comunicativo, ya se decía que la objetividad (para informar, digamos) consistía en reflejar, con la mayor fidelidad posible, la naturaleza de un evento de la realidad y que la tarea de un verdadero profesional de la Comunicación era la de llevar la noticia al público lo más pura y entendible, para que las audiencias y los individuos llegaran a sus propias conclusiones o, lo que es lo mismo, que un periodista no era juez ni jurado, sino el que contaba lo que hacían, decían y pensaban ambos. Así pues, los comunicadores tenían que constituirse en un factor de depuración ética de cualquier mensaje, ya fuese éste político, comercial, religioso o social. ¿Habría acaso, una profesión con esas características que no fuese la más noble de las nobles del planeta?

En países desarrollados de Europa y América se fueron ampliando, al mismo tiempo que la ciencia de la Comunicación, actitudes de defensa para evitar los abusos en unos túneles en los que estaba de por medio la conciencia, la creencia, la personalidad y hasta la fe de los receptores. Cuando el editor pornógrafo (?) Larry Flint, quien desde sus revistas, publicadas desde uno de los estados más conservadores del Midwest, sacudía con la cruda denuncia los excesos de los corruptos revestidos de poder en el aparato de gobierno, en las instituciones y en la iglesia, fue contraatacado en desventaja evidente, recurrió a legalizar su derecho de libertad de expresión ("mi derecho de ofender", dijo) y la más alta Corte federal le dio la razón. Casi con locura, este hombre, siguió luchando por ese derecho, incluso después de que una bala en la espina dorsal lo dejara parálítico de las orejas para abajo y en una silla de ruedas.

Pero lo que había nacido como un servicio integrante de la complejidad de la sociedad se desarrolló sólo para los conglomerados más avanzados y las estructuras obsoletas de la Comunicación se quedaron ancladas en los mundos inferiores, con mensajes elaborados de manera abusiva contra la mayoría y para beneficio nada oculto de sustratos y personas privilegiadas. Si bien la objetividad exacta no podría

existir, en los Medios (llamados aquí "de comunicación masiva y social") persistió la relatoría de los hechos como resultado de la voluntad, el punto de vista subjetivo y la percepción oportunista e interesada de unas pocas personas y, aunque la realidad es un campo en el cual no es posible ejercer control, la información fue el resultado de que alguien seleccionara voluntariamente algunos aspectos de esa realidad para convertirlos en mensaje. En otros términos, la conversión de esa realidad amañada en Comunicación provocó una entrada al Sistema (ipso jure), para que alguien tomara la decisión de cómo informar al público y el evento, lo que sucede, se resolviera en la salida del Sistema convertido en la noticia.

Se alejó entonces la argumentación, que es esencialmente dialéctica o el arte de conducir hacia la verdad mediante el razonamiento demostrativo en torno a una tesis o a tesis opuestas. Paradójicamente, es la argumentación la que puede llevar a la conclusión de que las tesis confrontadas dialécticamente llegaran a ser ambas totalmente falsas. La esencia de la libertad, como quien dice.

De donde se aterriza en un mundo inferior llamado Honduras y donde la mayoría de los mensajes en la ciencia de la Comunicación es sólo transmisión y no intercambio.

Así que lo que aquí se llama Medios de Comunicación Masiva y Social, por estar estructurados al modo folklórico y patriótico, no es "de comunicación", puesto que, con amparo en lo que dijimos arriba, su mensaje lleva el sello y la intención del dueño y señor, del grupo económico político que lo fundó y lo usufructúa y lleva también la "línea" que los comunicadores deben difundir, con lo que éstos no son más que "medios" de los Medios y el receptor no tiene acceso nada más que a una retroalimentación diseñada desde el trono del emisor.

Y tampoco es "masivo" pues lo que más se difunde (la programación radial) llega a un receptor en su mayoría analfabeto, con mensajes pedestres, música reciclada y abundante propaganda de los nepentes embrutecedores y de los políticos ibídem; como si algunos dueños de Medios estuviesen convencidos de que "lo que es seguirá siendo", al decir de la graciosa Madame Staël.

La televisión llega modernizada con programas de la subcultura mayamense y manteniendo incólumes los mensajes dramatizados bajo la lluvia lacrimógena para que estamentos de la sociedad, como el de las mujeres, continúen creyendo que la luna es queso, que "eso" es la suma de su realización sentimental y que ignoren, parece mentira, que con sólo su voto (más del 50%) se le puede dar al país el gobierno que realmente se merezca y no "el que se merece". Y los periódicos - muy evidentemente lo más profesionalizados del conjunto- llegan a una clase social media en su mayoría mediatizada por la pasión del fútbol y que ignora, también parece mentira, que en las páginas de opinión está un verdadero "banco de ideas", un recuento del pensamiento actualizado de los más diversos intereses, y más de alguna solución para los espacios que reclama con derecho la Sociedad Civil.

Y, ¿por qué habría de ser "social" si su objetivo mayor es el de promover el pensamiento del grupo económico al que pertenece?

Por eso es que, si tomamos en cuenta que la temeridad de unos pocos comunicadores, consistente en orientar su criterio hacia el campo y pradal de la libertad de expresión,

ha resultado en el despido de su fuente de trabajo, tan sólo por el efecto de una llamada telefónica lanzada, como rayo de mirada indignada, tras el escudo de la prepotencia en las cúpulas del poder y acatada por los Medios, presionados por los simples chantajes comerciales y de supervivencia económica; por eso, decíamos, están allí los hechos, que mencionaremos más adelante; y también el soslayo de que un Medio "puede ser instrumento del César en turno, y de comunicación convertirse en Medio de incomunicación" (Octavio Paz); además de que "el hombre no puede saltar fuera de su propia sombra".

A esta reflexión habría que sumar lo siguiente: los grandes periodistas que se formaron en la escuela del trabajo diario, en constante reto con la imaginación que exigía la premura, con sus ejemplos de dignidad y entereza han estado desapareciendo o han dado paso a la modernidad, en la parte que corresponde a la escolaridad. Ahora un número cada vez mayor de hombres y mujeres jóvenes estudia periodismo, se gradúa y comienza la lucha desde la modesta ruta reporteril. Aunque tiene ante sí, además, la opinión de los que han pasado por los cedazos más variados y ahora lo enjuicia sin solemnidad, pero con dureza. Véngasenos para esto el ejemplo encontrado en las páginas de opinión de un periódico ya consolidado, y escrito a propósito de la llegada de un nuevo director a la Escuela de Periodismo de la UNAH (EH, 28 de marzo de 1999): "...Los periódicos, boletines y hasta hojas volantes que deben caracterizar a una masa pensante y expresiva por sus tirajes, no existen. Los pasantes de periodismo de ahora son tan mudos y pasivos que ni tan siquiera logran manifestarse de una manera vulgar y clandestina, a través de una simple expresión de grafitis".

Donde se dice y señala qué es y cómo haríamos para salir de ese pozo de cal y malacate llamado corrupción.

Para actualizar el problema ya viejo y "normal" en el acontecer cotidiano de Honduras hay que definir el problema mismo: " El problema de la corrupción está íntimamente vinculado al desempeño público en la historia del país; no obstante, el mismo se ha incrementado con la construcción democrática, lo que nos permite observar una deformación en la percepción de lo público en detrimento de los intereses de la sociedad" (Leticia Salomón: El Buen Gobierno, CEDOH, 1998). Lo que anteriormente se señalaba con admiración, pues era una muestra de especial "inteligencia" robar en el desempeño de un cargo público, en una aduana y en una posta, pasó a ser, desde antes del arrasamiento del Mitch, una característica más del ensanchamiento de la base de la democracia (periodo en el cual estamos y en el que al parecer todavía no ha sido colocada ni la mitad de los ladrillos) y, mientras se perfeccionaba el arte del birlibirloque en el birlar, muchos que parecían guarecidos en profesiones honestas se colaron en el teje y maneje. Tal el caso de algunos periodistas, amparados por su propio Medio, por la planilla que ganó las elecciones en su Colegio y hasta por su Tribunal de Honor.

En lo que respecta a este gremio los casos de corrupción se han hecho público y la impunidad en que han quedado, pese a haber sido denunciados por los propios periodistas decentes, ha llegado a tal grado que algunos ciudadanos prominentes de la política doméstica consideran que la independencia periodística va quedando en

minoría respecto a su apetosa contracara. "El ex presidente del Banco Central de Honduras, Ricardo Maduro, dijo no sorprenderse por las denuncias de que el gobierno tendría un fuerte control sobre la prensa de Honduras. Dijo que no es un fenómeno nuevo pues a la prensa "todo el mundo trata de controlarla". Por suerte -comentó- "hay cierto grado de independencia" sin desconocer que también "existe control". (T, 29 de marzo de 1999).

Más cínico lo fue el ex presidente Carlos Roberto Reina cuando, en un Foro contra la violencia, auspiciado por el BID en San Salvador, dijo que la prensa (refiriéndose, detrás del escudo de la generalización, a la hondureña) "parece vivir en un apotegma de que se le paga o se le pega", al tiempo que insinuaba que si este singular manejo no se llevaba a cabo, las personas tendrían que someterse a la intimidación en forma de ataques "de día o de noche". Más tarde, y para ilustrar el que esa hubiese sido "una de las frases más exactas sobre el tema", el escritor Rodolfo Pastor Fasquelle dijo que "lo fundamental no es la inconformidad que la prensa corrupta o irresponsable le produce al poder cuando éste quiere ser recto o transparente. Después de todo, si el poderoso se dispone a aprovechar la corrupción, esa incomodidad torna en recurso y mecanismo de control (y, entonces, ¿quién peca más?)" (T.,18,Dic.98). De todas formas, el que se diga, desde tanta altura pavorosa, que hay periodistas corruptos y chantajistas no debe causar asombro, pues siempre ha habido los que pecan por la paga y los que pagan por pecar, clientela y aquéllas que dijimos, dicho esto sin desmedro de la honradez que pueden probar las féminas de la llamada vida alegre (pues, claro, en este caso, menos alegre que la de algunos comunicadores); y que, con excepción del decenio de los ochenta, en el que los periodistas también estaban en las listas de la fosca dictadura militarista y apenas podían, con más sorna que susto, informar al mundo cómo el presidente de la república se había pelado la panza, ante la divertida audiencia de toda la galaxia, ya había corrupción en el gremio.

Pero no es hasta el gobierno de la globalización (Callejas - Maduro) que dicha corrupción toma la forma cínica de moneda de curso legal, valga la redundancia por lo de moneda. Titulares, noticias y editoriales dan cuenta de un ir y venir de casos que involucran a periodistas y, entre los azos que subrayaron ese triste periodo, daba risa leer que "Callejas niega que le haya prestado cien mil lempiras al periodista Maldonado"; "Lo confiesa Goldstein: prestó cien mil lempiras a un periodista que ayudó en la campaña"; "Hay periodistas que "merusean" (sic) 40,000 lempiras mensuales", etcétera...

A la distancia, sin embargo, no es el trazo sucio de la corrupción en ese gobierno el que pasma y fascina con más deleite al investigador de hoy, sino el que haya habido defensas, justificaciones y proteccionismo por parte de el Tribunal de Honor del CPH; que los periodistas mencionados en todas las denuncias, con nombre y fotografía impresa en los medios, aún estén vociferando desde espacios periodísticos en contra de instituciones y ciudadanos que no pueden defenderse con las mismas armas que ellos escupen todos los días en sus cabinas radiofónicas (todo hondureño tendría que andar, entonces, su propio micrófono inalámbrico, para repostar a nivel nacional, las ofensas e injurias que se acaban de verter en su contra y daría fe, así, de la democratización perfecta del proceso de comunicación).

En una comparecencia de un miembro del Tribunal de Honor del CPH (T.,29 de marzo,93) éste dijo que "lo ético, si necesita de su trabajo para vivir, es que –el periodista pagado- se aleje o pida ser alejado de la cobertura política" al tiempo que informaba que la mayoría de los trece periodistas de la lista de los contratados por el Tribunal Nacional de Elecciones (el cliente) no había querido devolver el dinero de la paga.

Para septiembre del 92,el periódico Tiempo, al editorializar en relación con las declaraciones del vocero presidencial, periodista Olman Serrano, en torno a una escandalosa venalidad (Periodistas de 40,000 lempiras y el problema de la seguridad social) aseguraba: "Nos preguntamos, entonces, el porqué de esa actitud, cuando las palabras del secretario de Prensa significan, en la práctica y en el plano de la moralidad, una descalificación de los periodistas hondureños, aun cuando el acusador llega al increíble extremo de considerar el soborno y la venta de influencia como algo lícito, y como parte consubstancial del ejercicio profesional del periodismo". Otras publicaciones de diferentes fechas dan cuenta del afilamiento en el sesgo del cinismo, cuando de sobornos y corrupción de periodistas se trataba: ("El propio Colegio de Periodistas le pide "ayudas" para comunicadores, dice Callejas"); ("No ha pagado periodistas, les ha hecho "favores", dice Callejas"); ("Se filtra lista de periodistas pagados por el Tribunal Nacional de Elecciones"); ("Periodistas desacatan mandato del Tribunal de Honor de devolver el "regalo" del TNE"); ("Es trágico cuando un periodista vende su alma al diablo"); ("Dueños de medios de comunicación los culpables de que haya periodistas "meruseros"); ("En todas las oficinas públicas les dan cheques a los periodistas"); ("Los periodistas en el banquillo de los acusados"); ("Miembros del Tribunal Electoral quedan mudos al descubrirse sus ilícitos pagos a periodistas").Etcétera...

El cinismo de pronto se volvió protagónico y dejó al escándalo en segundo plano: "El Tribunal de Honor solicita que se suspenda el alegato público en que ciertos medios y periodistas han incurrido, dice el numeral seis de la resolución, en una especie de censura a Diario TIEMPO por haber hecho pública la denuncia"; "Periodistas a sueldo serán llamados al Tribunal de Honor"; mientras Tiempo editorializaba: "El Tribunal de Honor del Colegio de Periodistas ,al proceder como lo ha hecho ha desperdiciado una valiosa oportunidad para impulsar el necesario autocontrol de nuestro sistema de comunicación social .Al mismo tiempo deja abierta la trampa para que ,en el futuro, sean otras fuerzas –y no la del estamento periodístico- quienes impongan las reglas y las sanciones a quienes atenten contra la sociedad mediante la desinformación, la manipulación de los medios y la difamación"(T.,18,enero,93).Y en el mismo periódico, en la página editorial, Pastor Fasquelle apuntaba: "Para un comunicador ,recibir dinero de una parte interesada o de un funcionario que busca sesgar la información no es la única forma de corrupción.(Igual de corrupto es aceptar cualquier presión, sacar las palabras de su contexto o confeccionar un titular con fines sensacionalistas)".

Sólo faltaba, para finalizar el sainete, que la prensa internacional se hiciera eco del escándalo: "Pagar con dinero informaciones de prensa favorables es una práctica común en muchas partes de América Latina. Pero en Honduras, el escándalo desatado por el reciente descubrimiento de sobornos electorales ha generado mayor atención a

lo que algunos hombres de negocios, diplomáticos y editores afirman es una forma de floreciente corrupción".(El Nuevo Herald, Miami, Fla., 18/2/93).

Cualquiera diría, pues, que con la magnitud de ese escándalo, "el primero en la historia del país", corruptores y corruptos se irían a invernar por un buen tiempo a sus cavernas y, consecuentemente, estaríamos libres de la confrontación en lo nacional y del ridículo en lo internacional...Que habría tiempo y energía para echarle ojos a la construcción de nuestras opciones democráticas; tanto las que la Sociedad Civil define como resultado de una organización dinámica, como las que (¡oh, iluso!) pudiesen resultar de los cambios operados en las cúpulas del poder, en el lejano, pero no imposible caso, de que al margen de los intereses y la complejidad que se enmaraña en los partidos políticos, a alguien le diera por echar a andar ideas frescas y de fácil acceso progresista...Cualquiera lo diría. Pero, no. En el transcurso de la investigación realizada para este artículo, cayó en nuestras manos una simple hoja de papel con un sorprendente contenido: se trataba, ni más ni menos que de la lista ¡otra! de los periodistas incluidos en la tarifa de un ente que se supone es técnico e inmune a los guindandijos de la publicidad y de la propaganda y que para sus necesidades de divulgación habría de bastarle una oficina de relaciones públicas. Ese ente es el Tribunal Nacional de Elecciones; y esta vez, a diferencia de los trece del escándalo de 1992, los tarifados son más de cien.

La hoja tiene la desventaja del anonimato; sin embargo, el ordenamiento de su contenido nos hace creer que estamos otra vez ante un caso vergonzoso de masiva corrupción. Allí están los nombres de los periodistas, algunos muy conocidos por la supuesta cordura con la que guiaban sus pasos; allí están los medios de difusión, los programas en los que se transmite la publicidad y su horario. Finalmente están allí el tiempo y el dinero estipulados en el "contrato". Tan sólo en los meses de mayo y junio recién pasados el Tribunal pagó la cantidad de tres millones, doscientos cuarenta y tres mil novecientos sesenta lempiras en emolumentos que van desde dos mil lempiras, hasta los veinte mil, por contrato y dependiendo, nos imaginamos, del pedigree del difusor.

Hay allí noventa y una radioemisoras, tres canales de televisión, dos periódicos y una revista. De los periódicos, uno es empresarial y el otro es algo denominado "Periódico del maestro"; aunque en la hoja no se especifica si estos "maestros" son constructores, albañiles o pedagogos. Por ser ésta una hoja común con un contenido delicado, sólo cabría dejarla en la antesala de las denuncias. Empero, si hay alguna fiscalía, comisión o lo que sea en contra de la corrupción; si existe la voluntad de gastar el mínimo de tiempo en una investigación somera, apenas bastaría con que se "monitoreasen" los horarios que allí aparecen y con ello se comprobaría qué clase de publicidad es la que necesita el Tribunal para gastar tanta pólvora en esas aves y, como resultado, la obligación de saber quién o quiénes pagan y de dónde sale tanto dinero.

Recuérdese que este es un año electoral y que, al decir del señor Mitchell Seligson, especialista que disertó el día 28 del pasado mes de julio a instancias del Consejo Nacional Anticorrupción: "La corrupción afecta la percepción ciudadana con respecto a la eficacia del poder ejecutivo, la credibilidad de los diputados y la imparcialidad

del Poder Judicial". ¿Quién, desde el poder, desea que otro escándalo de grandes magnitudes tenga consecuencias negativas para los pasos de baile que le estamos enseñando a la democracia –dos hacia delante y uno hacia atrás?.

La nueva supuesta lista de corruptos, con el mismo cliente, puede ser la punta del témpano de una corrupción generalizada que, como honorífica continuación de gobiernos anteriores, se alimenta, continúa creciendo, perfeccionándose, hasta graduarse con honores. Como secreto con megáfono todos sabemos que en el presente gobierno la compra de comunicadores ha sido realizada con metódica precisión, de tal manera que el rol de la paga tiene hasta su propio escalafón, que depende de la mediana villanía de los más bajos hasta la aristocracia de los más experimentados y, por supuesto, la importancia del medio de difusión. Al terminar su gestión, el presidente Flores, seguramente pasará a la " historia" como el gobernante que nunca recibió críticas (puesto que las críticas analíticas y serias que tuvo fueron extirpadas de la cronología, junto con sus autores que, de paso, perdieron de manera abrupta su fuente de trabajo).

De cómo tener su propia cohorte. De la división de una profesión bravía y de las expectativas que tiene el tren de la Comunicación.

Desde el principio de la administración Flores - Alfaro se supo que en Casa Presidencial había una persona muy sensible a todo lo que fuese intercambio de opiniones e ideas con la denominada Sociedad Civil que, de paso, ya organizada comenzó a hacer planteamientos que contenían lineamientos ilativos a un progresivo de corto y largo alcance.

En respuesta a ese novedoso modelo de método y estructura fue creado el FONAC, una junta de notables que deberían vigilar los pasos de la democracia, pero con sillones colocados dentro del ambiente aséptico del gobierno. La prensa comenzó también a dar una opinión crítica mesurada que devino en separación de puntos de vista. Por un lado, la línea editorial del periódico que es propiedad del gobernante y por otro, el desarrollo de un criticismo cada vez más agudo y que eventualmente llegó a tener como punto de avanzada a la sección editorial de diario El Herald. La televisión también observó un marcado divisionismo en cuanto a la manera de ver cómo se llevaban a cabo las cosas del Estado. Los editoriales de los noticieros, y el mismo tratamiento honesto de las noticias puso al canal 9 a la vanguardia de un periodismo televisivo de avance.

Continuaron haciendo mella en la híper sensibilidad palaciega y prosiguieron las respuestas puntillosas por parte del gobierno, a veces por boca de alguien apodado el "super ministro" y a veces desde las columnas "ligh" de chismorreos en el periódico del gobernante. Cuando se supo que él mismo tenía tiempo, entre los avatares de la gestión, la pesada carga de la reconstrucción después de que el Mith dejó más podrido al país, para escribir unas simpáticas invectivas mal redactadas, las columnas de chismes aparecieron con firma de periodistas prestanombres. Se sabía, por supuesto, cuál cápsula había sido redactada por el alto dignatario y cuál por su adlátere, puesto que las de aquél mantenían una quintaesenciada imaginación mientras que las de ésta se acercaban casi siempre a la orilla de la tasa del atole con el dedo.

En los planos de la seriedad, sin embargo, la prensa dejaba caer la gota de agua de manera persistente e implacable: "Si su meta suprema es convivir cómodamente con los poderosos y disfrutar la buena vida del conformismo, entonces los medios de comunicación nunca extenderán al pueblo la oportunidad de ver la realidad desde otra perspectiva". (EH. José Vicente Owens, del equipo de reflexión, investigación y comunicación de los Jesuitas de Honduras; 8, Jun., 98); "Si bien en las últimas dos décadas el papel de los medios de comunicación social fue fundamental en cuanto al salto académico, profesional, de defensa de los derechos humanos y el retorno a los regímenes civiles en democracia, actualmente se percibe un retroceso en la formación del régimen de opinión pública./Se palpa en el país un gran avance tecnológico en los medios de comunicación social que va desde sustituir las máquinas de escribir por computadoras, una diagramación más ágil y moderna en los diarios, - hasta una proliferación de medios electrónicos -, - especialmente la televisión- que compite con alta tecnología, pero no con calidad./Existe esa mala concepción en la prensa en creer que el modernismo de sus aparatos es sólo algo tecnológico y digital, sin pensar en el producto humano, en su formación profesional, su calidad total y el sentido de la responsabilidad, la decencia y la ética. Ambas cosas son necesarias y deben ir a la par". (EH., Thelma Mejía; 15, Jul. 98).

Fíjense que ya para estas fechas se estaba puntualizando en las razones por las cuales un sector de la prensa se estaba acomodando o milagrosamente (en una profesión alegre y bulliciosa) se estaba quedando muda: Un rincón mullido en la camita de los amantes conformistas; la falta de profesionalismo en las horneadas jóvenes –en las que los nuevos periodistas salían de la academia a veces sin saber cómo acentuar su propio nombre -; la ausencia de calidad en el trabajo conceptual y de redacción; la sustitución de la oportunidad por el oportunismo y una lamentable carencia de ética y decencia. La pura ulceración hacia la gangrena, por donde se viera.

En los seminarios de calidad profesional ("Estilo periodístico y la cultura de paz y democracia": Juan Ramón Durán, Patricia Murillo y Lucila Fúnez) se hizo énfasis en la desigualdad a la hora de manejar el material informativo; en que los periodistas obedecían a una agenda que no era la propia; que la información ofrecida lleva una incidencia clara de políticos corruptos o de personas que persiguen un fin de acuerdo a sus intereses; ausencia de crónicas, de reportajes de investigación y del testimonio periodístico como género y la falta de creatividad y de mixturas para ofrecer un mejor resultado. Se criticó una redacción rutinaria y mecánica y se hizo disección de la moral y ética periodística en la televisión y la radio; los "shows" baladíes tirando a rosado y la falta de debate y de ambición investigativa, en la primera. Lo que se dijo acerca del periodismo radial no fue reseñado tal vez para que los asistentes no tuviesen accidentes de contaminación.

De la lupa de los investigadores no pasaron inadvertidos ("desapercibidos", dirían los redactores de la ajena agenda) los propietarios de los medios de comunicación: "Hasta ahora todo parece indicar que el dejar hacer, dejar pasar –"laissez-faire" con olor a tamal patriótico (interrupción de este autor)-, y no lo hacen para estar a tono con el neoliberalismo. De lo que no se han enterado es que el medio paga un alto costo por este alineamiento oficial: el de la PÉRDIDA DE CREDIBILIDAD. No hay

peor daño para un periodista que perder la confianza del público". (EH., Julieta Castellanos; 26,5,98).

Esta misma autora reseñó otros temas abordados en paneles como El Desayuno del canal 63, conducido por el periodista independiente Renato Álvarez: "Temas que se denominaron como los de "periodistas tarifados", "gobiernos rehenes de los periodistas" y "autocensura". Lo primero debe entenderse como periodistas que reciben remuneración mensual del gobierno de turno y como compensación vienen los halagos y el silencio. La "democratización" de esta forma de relación se le atribuye al ex presidente Callejas quien, al perecer, según se dijo, organizó grupos de apoyo en torno a su gobierno mediante estos mecanismos. Lo de "gobierno rehén" se alude a la situación que vivió el ex presidente Reina en sus primeros dos años, luego Guillermo Buck, ante el acecho, no le quedó más remedio que reactivar la planilla. De la autocensura, lo peor, es que no es como la de los años ochenta, producto del terrorismo de Estado, aunque el Estado sigue siendo responsable, esta vez, por poner en práctica la corruptela. Estas apreciaciones han llevado a plantear que un sector del periodismo es el heredero de la impunidad que antes correspondía a los militares..."

Periodistas de conocimiento y práctica, con mucho prestigio, como Manuel Gamero, tampoco pudieron y quisieron quedarse al margen de la preocupación: ("Democracia y cultura cívica en Honduras"): "La función de los MCS es esencialmente culturizadora, de la misma manera que lo son la escuela, la iglesia, el sistema judicial. De tal suerte que su funcionamiento solamente es posible en el contexto del sistema general de cada sociedad, dentro del cual interactúan y al que contribuyen a consolidar (...) Los dueños de comunicación social y los periodistas, desconociendo su verdadera función en la sociedad hondureña y la necesidad de una democracia efectiva, actuante y creadora, están cayendo en la trampa que hábilmente les ha tendido un sistema político-social decadente, pero con vasta experiencia en esta clase de manipulaciones".(T.,26,junio,98).Casi al mismo tiempo, el periódico La Tribuna editorializaba: "En los últimos días se han venido realizando reuniones con los dueños y directores de los medios de comunicación a fin de adecuar la actividad informativa a las exigencias de la situación que vive actualmente el pueblo hondureño. Se trata de una excitativa y de un esfuerzo conjunto por hacer que los intereses individuales y de grupo se aproximen lo más posible a los ideales colectivos, ya que los ideales se ocupan de la ética y de intereses la economía y la política cuando se divorcian de su orientación primigenia./La actitud informativa, que debería responder a parámetros más elevados, se rige también, lamentablemente, por las leyes de la oferta y la demanda".(LT.,13,Dic.98).

Quisimos hacer el subrayado en las últimas líneas, no porque el postulado no corresponda a una realidad intrínseca, especialmente a la sombra de las costumbres liberales y los dictados del neoliberalismo; sino porque la intención está centrada en que "se informa para formar en uno y otro sentido y se forma informando sobre esto o lo otro", con lo que "la gran responsabilidad social" de la labor informativa, quedaría fácilmente al servicio de un punto de vista práctico, aunque maniqueísta: "porque de su orientación depende la imagen que la nación tenga de sí misma y la imagen que de la nación exista en el amplio espejo de la comunidad internacional". Una línea editorial que se llevó convenientemente al propio corral: "La prensa hondureña,

especialmente la de los últimos veinticinco años, no tiene temor a dar la felicitación oportuna cuando considera que las cosas se están haciendo bien. Durante el primer año de esta administración gubernamental, la prensa en términos generales ha sido muy generosa con el presidente Flores y la mayoría de sus ministros. Ello es natural. Así ocurre siempre. La prensa no tiene por qué caer, ni en la insustancialidad que supone la irresponsabilidad en los juicios; ni mucho menos, cumplir el papel del periodismo político que nunca ve, nada bueno en los ojos, de los demás". (LT.,19,enero,99).

Habría que preguntarse únicamente: ¿Se tiene que ser "generoso" con la prensa para que ésta sea "generosa" con el gobierno, tal como lo ha sido durante los "últimos veinticinco años" que incluyen a la represión sorda del alvarismo? Y, de ser esto cierto: ¿Por qué ello debe ser "natural" y ocurrir "siempre así"?

Por otra parte, si esa generosidad funciona como equilibrio y estabilización entre las ejecutorias gubernamentales, ¿para qué mantener asalariado a tanto comunicador, incluso al frente de altas definiciones educativas? ¿Por qué habría de tener la necesidad el Colegio de Periodistas de enjuiciar "a quienes critican corrupción en la prensa"?

Justo en la misma fecha en que los dirigentes del gremio lanzan la amenaza el Foro Ciudadano le había pedido públicamente al CPH, después de formular serias denuncias acerca de la corrupción en ese estamento lo siguiente: "En sus respuestas en la prensa escrita, radial y televisada, podrán reconocer, sin lugar a dudas, a los periodistas que han envilecido la profesión y que han puesto su pluma y su palabra al servicio del mejor postor y han trastocado los valores inherentes a un periodismo honesto profesional e independiente, para dedicarse al ejercicio cotidiano de la difamación, la calumnia y el insulto, como formas degradantes de ganarse la vida". Tan sólo hay que recordar que el Foro Ciudadano había solicitado que el Ministerio Público investigara la situación legal y ética de todos los periodistas que están recibiendo pagos de las diferentes instancias gubernamentales. (Y) las partidas presupuestarias, confidenciales o no, de donde están saliendo los pagos de publicidad y propaganda del gobierno, con sus respectivos montos, nombres y periodistas y medios, nombres y cargos de los funcionarios que los autorizan y especificación de puestos.

Del distanciamiento que se quiso hacer y de cómo la situación es la misma en este final de la gestión gubernamental.

Quisimos distanciar en un lapso temporal poco más o menos prudencial la investigación de los sucesos que aquí se ponen literalmente con la situación actual. Incluso, de manera premeditada no quisimos referirnos a la corrupción que se da en la relación de los futbolistas y sus federaciones con la prensa deportiva –como parte de un todo en el que tan sólo el hecho de que los unos pateen y los otros se lucren de las patadas de los demás "con el sudor de la lengua" es ya, de por sí, una manera fácil de medrar alrededor de los gustos de la población -, también denunciada varias veces en la prensa independiente. Aunque no nos referimos a la corrupción en sí por falta de voluntad, sino por la repulsión que emana de algunos de estos periodistas, denominados también "narradores" –profesionales en el acarreo de la obvedad por

toda la cancha, para decir o gritar lo que todo el mundo está viendo -; o los "comentaristas", cuyos "análisis" bien hubiesen servido, en la época de Álvarez - Rosuco, para sacarle mediante tortura la "verdad" a tanto revoltoso inconforme por las injusticias de entonces. Tampoco nos referimos a los autores de las columnas "pink", que incursionaron en el campo periodístico porque una vez fueron invitados "a escribir una columna de chismes para un diario de San Pedro Sula".

Pero el distanciamiento no funcionó.

Las situaciones de corrupción que involucran a un sector de la prensa no sólo no han terminado, sino que se han enriquecido (tómese esta última palabra sin su connotación irónico - cínica y se verá que es verdad).

Durante nuestra investigación tuvimos oportunidad de ver fotocopias de los cheques que, tan sólo en un mes, hicieron millonario a un periodista de la televisión, como pago por "asistencia financiera" a un banco que quebró (Y así, ¡cómo no iba a quebrar!).

Con bastante impunidad por parte de las instancias de honor de su gremio, e inmunidad por los padrinzos que deben tener, periodistas de la radio y la televisión se erigen diariamente como jurado y jueces ejecutores de las acciones privadas y públicas; de las personas, bienes y haciendas, como si estuvieran suplantando o hubiera (¿las hay?) cavernas en el Poder Judicial, dentro de un formato facilón y banal. El sensacionalismo campea en sustitución del oficio y la academia, de alguna manera analfabeta ilustrada, desea para sí todo el régimen de la opinión pública, en detrimento del periodismo profesional. La ética y la independencia profesional dependen más ahora que ayer de los dictados del poder: la trivialidad y el insulto se ponen todos los días (y las noches), con pedestre elegancia, la toga de la cursilería.

Todo esto ya fue denunciado oportunamente por los periodistas decentes y este cronista no está inventando nada que no esté escrito en los medios de difusión. Pero cuando estos periodistas lo hicieron programáticamente, con el fin de adecentar su gremio, recibieron como pago el despido fulminante. Allí están los ejemplos de Manuel Torres Calderón, de Thelma Mejía, Roxana Guevara, Regina Osorio... Allí están las amenazas veladas o directas contra Renato Álvarez... En fin.

Si un fuerte grupo de comunicadores de radio y televisión; si algunos columnistas y escritores de las secciones editoriales de algún periódico son asalariados, ¿para qué necesita el Código Penal el artículo 345 que taxativamente ofrece: "Se sanciona con prisión de dos a cuatro años a quien amenace, calumnie, injurie, insulte o de cualquier otro modo ofenda en su dignidad a una autoridad pública con ocasión del ejercicio de sus funciones, ya sea de hecho, de palabra o por escrito. Si el ofendido fuere el Presidente de la República o alguno de los altos funcionarios a que se refiere el artículo 325, anterior, la reclusión será de tres a seis años".

Para nada.

Como dijo Balzac: "Es preferible a la mediocridad intelectual, envenenada, la verdadera tontería que, por lo menos, es divertida".

EB. Agosto, 2001.

Bibliografía de apoyo:

- Gergurevich, J., Géneros periodísticos, Quito, Edit. Belén, 1982.
- Knapp, Mark L., El rol del comportamiento no verbal en la interacción humana. Méx., Mc Graw-Hill, 1986.
- Fernández Collado, C. Y Gordon L. Dahnke., La comunicación humana, Méx., Mc Graw-Hill, 1986.
- Holtage, H.F., Publicidad. Méx., Mc Graw-Hill, 1988.
- Menéndez, A., Comunicación social y desarrollo. UNAM, Méx., 1972.
- Beltrán y Cruces, R: E., Publicidad en medios impresos. Trillas., Méx. 1984.

Archivo periodístico y hemeroteca: CEDOH, Tegucigalpa

B. LOS OJOS DEL PODER

Julietta Castellanos

¿Cómo se debe interpretar la relación entre los periodistas y el poder, en un país donde el periodista es el único profesional que es premiado anualmente por la mayoría de las instituciones del Estado, incluyendo el Poder Legislativo, el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial y, por supuesto, las Secretarías de Estado, las instituciones descentralizadas y autónomas, y los gobiernos locales?.

Durante el mes de mayo de cada año, la prensa nacional recoge en las páginas de información y en las páginas sociales una gran cantidad de celebraciones y de premios de los que son objeto los periodistas. Son tantos los galardonados que en algún momento tendrán que detener la entrega de premios, o comenzarán a repetir entre los favorecidos de años anteriores. Los premios, salvo excepciones que siempre confirman la regla, son entregados a periodistas vinculados al poder.

El poder debe sentir un alto grado de satisfacción con los periodistas. Una situación bastante inusual en cualquier régimen político, si consideramos que el desempeño honrado, veraz y profesional del periodista es contrario al desempeño de los sectores de poder, interesados siempre en mantener en la oscuridad la función gubernamental y las decisiones de Estado. Más sorprendente resulta esta relación si profundizamos en el sistema político hondureño, las carencias de la democracia, los vicios y prácticas de los políticos, la ausencia del gobierno central y de los gobiernos locales en la solución de los problemas de la sociedad, la corrupción del gobierno y sus nexos con la corrupción del sector privado, las limitaciones del Estado de Derecho y la disfuncionalidad institucional.

¿A quien acompaña más el periodismo en la actualidad? ¿A las demandas de la ciudadanía o a las necesidades del poder?. Todo parece indicar que a éstas últimas, sin desconocer la labor de periodistas independientes que informan de manera veraz y honrada, y que acompañan, desde diferentes medios y con mayor o menor intensidad, las demandas de la sociedad, arriesgando su cargo y soportando las presiones cotidianas que ejerce el poder. Estas presiones se producen a través de los propietarios de los medios o de la administración de la empresa, que ven en la publicidad gubernamental una fuente segura de ingresos si el medio informa con "prudencia y discreción" o si es "positivo" a la hora de tratar una noticia; o, si ve una amenaza a los ingresos de la empresa cuando se informa con la verdad.

Este artículo, se dedica a desentrañar el acompañamiento que un sector de periodistas y de medios le hacen al poder.

El profesionalismo del periodista

La formación del periodista debe ser, metodológica y conceptualmente, integradora. El concepto de totalidad debe ser incluyente, debe tener la percepción de los tiempos, de los plazos y del espacio, claridad en los objetivos y en el propósito de una acción, de una política y de un proyecto. Su formación debe liberarlo de la visión inmediateista, utilitarista y del sentido común; estas condiciones son necesarias para ponerlo en contacto con los hechos y manejarlos, pero debe saber que no le proporcionan una comprensión de las cosas y de la realidad tal y como son. Debe

superar el sentido de la forma y sustraer de la apariencia las más internas contradicciones y relaciones que dan a los fenómenos su determinación histórica.

Es la visión inmediatista y utilitarista la que prevalece en la función y en la práctica periodística actual; la mayoría de los periodistas se nutren de lo cotidiano, de sucesos en los que no percibe su conexión ni su determinación. El periodista se asfixia informando la agenda del día, agobia a quien lo escucha informar lo que pasa, es rutinario y reiterativo; pero no se detiene - y, en algunos casos, no tiene las herramientas metodológicas y conceptuales para hacerlo- para ubicar los hechos en su relación y en su determinación histórica frente a acontecimientos simultáneos o del inmediato pasado. En fin, no se detiene a ver más allá de la apariencia.

Así entendemos la carencia más visible, aquella práctica periodística que maltrata a los que bien entienden y bien conocen, por la limitada, reducida, inexacta, confusa e imprecisa forma en que presenta la información; aquélla que, inclusive, contiene problemas de dicción y de redacción. Es el periodismo más cotidiano, menos profesional, el que está más al alcance del público, el que está presente en las calles con grabadora, el que aborda al público directamente, un periodismo de sondeo, en el que las personas expresan lo que creen, lo que sienten y desean. A menudo esta práctica se confunde con libertad de expresión.

Se percibe una falta de especialización temática, unida a la audacia de hablar de todo. Con el mismo sentido que narran y comentan un partido de fútbol, comentan un informe del Banco Mundial, el último informe de Transparencia Internacional, el Informe de Desarrollo Humano, la reforma policial, la violencia y el problema de las "maras", los problemas de la educación nacional etc. Este síndrome del periodismo deja a nivel de superficie los fenómenos realmente esenciales, conduce a la manipulación de los hechos, lleva a las representaciones y explicaciones más comunes e inconexas, e ideologiza las explicaciones, dando a los hechos la impresión de ser resultado de condiciones naturales y de voluntades individuales, y no el producto de prácticas sociales conectadas a decisiones del poder. Es una ventaja que la infalibilidad del periodismo se haya ido desvaneciendo con el paso de los años.

Pero hay otro periodismo, que defiende o ataca, el que tergiversa, desinforma y engaña, esconde información y toma partido con personas, instituciones y funcionarios. Este periodismo se dedica, más que a informar, a opinar. Esta posición es producto de la identificación entre el periodista y el suceso, entre el periodista, la persona y el funcionario; es defensa y justificación del acontecimiento y de los responsables del hecho, significa una identificación con la persona y la institución, o el rechazo y el ataque a una persona y a la institución. Se puede tratar de una identificación o un rechazo coyuntural, que puede desvanecerse cuando desaparecen las causas que la motivaron. La identificación entre el periodista y el acontecimiento, problema o política que defiende y con el que se identifica, trasciende los límites de los partidos políticos; es un periodismo que cambia de opinión. Lo que defiende públicamente hoy, puede ser objeto de su ataque mañana, sin que medie explicación sobre ese cambio súbito de opinión.

La posición que identifica y que hace que el periodista tome partido, puede ir desde el ámbito personal hasta el ámbito estatal. Hay circunstancias donde lo privado aparece

como un caso de interés público; y donde el interés público se reduce a la potestad de lo particular y a las facultades discrecionales de los funcionarios, sin que se reconozca el derecho ciudadano de opinar y de cuestionar, y el deber del funcionario de informar y rendir cuentas.

En lo primero: lo privado como asunto público, se obtiene un buen ejemplo en la forma en que determinados "periodistas" se inmiscuyen en la vida personal y familiar de los ciudadanos para atacarlos y ofenderlos, cumpliendo con mucho empeño el "encargo" de las personas interesadas. Aquí lo privado se somete al interés público. En lo segundo, el desconocimiento de lo público como interés social, un buen ejemplo lo constituye el periodista que defiende a la persona que está al frente de la institución, pero no defiende la institucionalidad, su funcionamiento y legitimidad. Hace esfuerzos por homologar a la persona con la institución, y cree que, defendiendo al funcionario "está impidiendo la destrucción" de la institución. "Quieren destruir las Fuerzas Armadas" expresan, cuando se habla de la impunidad de sus miembros. Frente al cuestionamiento a una administración, el periodismo defiende a la persona, haciendo aparecer que defiende a la institución. En este sentido hay una tendencia a identificar a los funcionarios con las instituciones, restando a aquéllos su carácter circunstancial y dando la categoría de institución a las personas que dirigen la misma.

Este periodismo, si es que puede llamarse así, es ejercido por profesionales de la comunicación y se hace a través de medios masivos con amplia difusión, demasiada difusión, es un periodismo destructivo, si se considera que esta forma de comunicación es la antítesis de lo que debe ser la función y la misión del periodista y del periodismo.

En ocasiones, sobre funcionarios e instituciones, dirigentes sociales y movimientos de protesta y de demandas, surgen verdaderas campañas de confusión y de difamación, llegando inclusive a invadir aspectos del ámbito privado de las personas, de sus gustos y legítimas preferencias. Esta actitud no siempre es producida por una diferencia de conceptos, o porque se vulnera el interés público. Todo indica que la razón para lanzar este tipo de campañas es provocada porque algunas instituciones, o los funcionarios que las dirigen, no favorecen con contratos de publicidad estos espacios periodísticos; o porque el ataque y la desinformación favorecen a los intereses oficiales, lo que puede indicar que un funcionario, al pagar espacios de publicidad, está "invirtiendo" en protección. Está comprando encubrimiento e impunidad.

En otras ocasiones, el tratamiento de un problema de interés nacional toma, de forma súbita, una inesperada dirección. Un problema asume una dimensión de carácter nacional, con grandes espacios para ser tratado, con tono alarmante, con duración de dos o tres días; el problema asume lo que entre nosotros se denomina "un alto perfil", para luego extinguirse. Se sospecha que algo pasó y entre las probabilidades que explican este cambio de dirección aparece, de manera frecuente, la mediación pecuniaria. De esa manera sube y baja el perfil de la noticia.

Los periodistas que así se desempeñan, cuentan con la complicidad directa o indirecta de los propietarios de los medios de comunicación, los que se excusan, al reconocer

que no controlan sus medios, porque sus empresas son empresas rentistas de espacios por lo que ellos reciben una cantidad fija mensual. Esta situación tiene por lo menos dos consecuencias directas: 1. Los propietarios de los medios de comunicación de manera cómoda se desentienden de una responsabilidad que deberían asumir frente a la ciudadanía, al ser facilitadores de espacio a través de los cuales se insulta, denigra y calumnia, y 2. la modalidad de la renta de espacios, lanza a los periodistas a la caza de contratación de publicidad, sin detenerse ante principios, valores y doctrina; en ocasiones estos programas son verdaderas fuentes de enriquecimiento, y los espacios cajas de extorsión para funcionarios, empresas y ciudadanos.

Esta forma de funcionamiento periodístico y su complicidad con el poder; deja a los ciudadanos en una situación de indefensión; el ciudadano calificado como incómodo por el gobierno, se convierte en blanco del poder y de este sector de la prensa. Y la impunidad se fortalece por el nexo existente entre los periodistas y el poder. No ha habido institución del Estado que asuma la defensa de los ciudadanos frente a los vejámenes de los periodistas. Ni el Comisionado de los Derechos Humanos ni el Ministerio Público, que también deben representar los derechos de los ciudadanos que han asumido este rol. Este es un periodismo confrontado con los ciudadanos.

El periodismo y los avances de la democracia

Desde 1980, año en que los militares dejaron el control directo del poder, el rasgo más destacado de la democracia ha sido la continuidad de los procesos electorales. En la época del control directo del poder por parte de los militares, hubo periodistas y medios que se destacaron en la lucha por el retorno a la constitucionalidad. El eje fundamental de la demanda lo constituía el retorno de los civiles al poder, y en ello no había contradicción entre la clase política, ciudadanos y periodistas.

El sector militar sobre el que recaía la demanda, perdía legitimidad de manera creciente; su corrupción era inocultable, el enriquecimiento de su más alta jerarquía era evidente y la política exterior norteamericana favorecía el retorno al orden constitucional. Todo ello volvía cada vez más difícil la defensa pública de los militares, aún entre beneficiarios, creyentes y adictos, dentro y fuera de los medios de comunicación y de los periodistas. En esta primera fase, la coincidencia entre los periodistas, la clase política y la ciudadanía formaba una unidad coincidente alrededor de la demanda del retorno al orden constitucional. En esta fase el periodismo no sólo acompañó a la ciudadanía, fue abanderado incuestionable de la demanda por la transición a la democracia.

No fue suficiente el retorno al orden constitucional para que entrara en vigencia el Estado de Derecho. Entre 1980 y 1989 la transición a la democracia fue acompañada de la crisis centroamericana, que ubicó a nuestro país, sin ser parte directa de la crisis, en un actor importante. La Doctrina de Seguridad Nacional vulneró el precario y naciente retorno constitucional, la supremacía militar y la subordinación civil hacían de nuestro sistema político una caricatura de democracia y las Fuerzas Armadas continuaban siendo el poder real, a pesar de los gobiernos civiles de la época.

En este contexto, el periodismo jugó su mejor papel, fue un defensor de los valores de la democracia y de los derechos humanos; denunció el papel asumido por Honduras

en el conflicto regional, la presencia militar norteamericana, las maniobras militares realizadas entre Estados Unidos y Honduras, la política exterior de Honduras que engañaba, mentía y no respetaba el derecho de los pueblos a su autodeterminación; denunció también la presencia del ejército contrarrevolucionario nicaragüense en territorio nacional y el apoyo que le daban las autoridades hondureñas; hizo amplios reportajes gráficos de las bases militares del ejército irregular nicaragüense, de los hospitales de la contrarrevolución, de los desplazados hondureños de las zonas de conflicto, y denunció los negocios con que se favorecían los militares y algunos políticos que abastecían a los combatientes. La mayoría de los hondureños nos sentíamos representados por estos periodistas y por estos medios. Abríamos el periódico todas las mañanas y escuchábamos los noticieros, convencidos que la versión periodística contenía la verdad y que ésta era contraria a la deformada historia oficial.

Algunos periodistas están comprometidos con la democracia, los derechos humanos y la profesión; y, como tales, sobreviven en los mismos medios de comunicación; otros han sido desplazados, pero la mayoría reconoce que en la década del ochenta corrían riesgos en el desempeño de su función, riesgos que provenían de las Fuerzas Armadas y del ejército irregular de Nicaragua; pero no tenían la presión, ni de los propietarios de los medios, ni del poder político. Hoy en cambio, esta situación ha cambiado, y la presión procede de los propietarios de los medios y del poder, llegando, inclusive, a considerar que se ejerce más presión en la actualidad que la que recibían en los años del General Gustavo Álvarez Martínez.

Las limitaciones para el desempeño profesional y la defensa del derecho a la información, han cobrado víctimas en el periodismo. En lo que va de esta administración, jefes de redacción, directores de noticias y periodistas han sido separados intempestivamente de sus cargos, y los que todavía mantienen sus espacios, pende de ellos, lo que denominan, "la guillotina permanente". Nunca saben si un titular, una noticia o una caricatura van a crispar al poder oficial y provocar una reacción violenta.

En 1990 se inicia una nueva fase de la transición democrática, la que se caracteriza por una creciente restitución del control civil sobre los militares y la incorporación de la lucha contra la impunidad militar y contra la corrupción. Paulatinamente se fueron agregando la Reforma del Estado, incluyendo la Reforma Político - Institucional y la Reforma Electoral.

A las demandas anteriores se agrega la condición particular que trajo el paso del huracán Mitch, que potenció a la ciudadanía y a las organizaciones de la sociedad civil, y puso al alcance los nuevos conceptos de la democracia como la participación ciudadana, la transparencia y la rendición de cuentas. Las nuevas demandas significan un salto importante en el concepto de la democracia; de la demanda de elecciones a finales de los años setenta en el contexto de un gobierno militar autoritario, se avanza, a demandas por la democracia participativa. Un salto que irremediamente enfrenta a los ciudadanos y al poder.

En términos de construcción democrática y de demandas a la democracia, en estos últimos años ha avanzado más la ciudadanía que la clase política. Esta situación no

era evidente porque no habíamos tenido un período tan largo de gobiernos surgidos de elecciones directas. La ausencia de la clase política del control del aparato de Estado y de los órganos de poder, mantenía la demanda democrática en un nivel primario y elemental, el de las elecciones. Superada esta fase, las debilidades y vicios de la clase política se han hecho cada vez más evidentes.

En este nuevo contexto de demandas por más democracia ¿dónde se ubica ese sector deformado de periodistas?. Sin lugar a dudas del lado del poder, y contrarios, opuestos y hostiles a las demandas ciudadanas, a los ciudadanos y a las organizaciones que se inscriben en las luchas por una democracia más participativa e incluyente. El gobierno y la clase política no son el único sector enfrentado a los ciudadanos, también están los periodistas, que no se dedican a contestar las demandas, sino a atacar a las personas y a intentar descalificar a los exponentes de las demandas y de los derechos ciudadanos, sin cuestionar los argumentos, para lo cual no siempre tienen los conocimientos y la capacidad necesarios.

En estos últimos años la prensa ha dejado de ser un instrumento incómodo para el poder. Los gobernantes ya no tienen en los periodistas su mayor contrariedad, porque los periodistas informan de acuerdo a los intereses del poder. Hoy, ese sector de la prensa y de los periodistas no están al margen ni al frente del poder: son sus aliados y, por ello, podemos decir que, frente a las demandas ciudadanas, no responde la clase política, atacan los periodistas.

La posición anterior fue nítidamente expuesta por estos periodistas y percibida por los ciudadanos en el contexto de la reunión del Grupo Consultivo en Estocolmo en mayo de 1999. Los ciudadanos no se conformaban con la participación que habían tenido en la labor de auxilio a las víctimas y en las tareas de reconstrucción; demandaban pasar a la fase de la propuesta. Una demanda inadmisibles para el gobierno, que entiende que el ciudadano, desde el momento en que participa en las elecciones escoge y delega en el escogido y, por tanto, ahí termina su participación. Los periodistas acogieron este concepto y esta visión y no terminaron de entender cómo y por qué esos ciudadanos que nadie había escogido en un proceso electoral demandaban participación ciudadana.

La misión de descalificar las demandas de participación ciudadana, rendición de cuentas y transparencia, no era tarea fácil. No lo es en un contexto de construcción democrática, mucho menos cuando la ciudadanía se posesiona de estos conceptos, los considera una demanda legítima y son avalados por la comunidad internacional que, en el caso de la reunión del Grupo Consultivo, demandaba la incorporación, más que conceptual, operativa, de estos conceptos en los planes de reconstrucción. No fue el gobierno quien asumió la tarea de descalificar la demanda ciudadana, fueron los periodistas, los cuales, a falta de criterios pero con motivaciones pecuniarias de sobra, no vacilaron en echar mano de la hostilidad, una herramienta que evidencia el instrumento que está más a su alcance. Y cuando las organizaciones por fin lograron penetrar el espacio gubernamental, logrando su incorporación en algunas esferas de planificación, ejecución y control, la prensa criticó al gobierno, por débil, y por dejarse imponer las demandas de la ciudadanía.

Pero la hostilidad de los periodistas es también hacia quienes luchan contra la corrupción. Funcionarios de Transparencia Internacional se refirieron en 1999 a la "ferocidad de la prensa" de Honduras; más que a una entrevista, los periodistas sometieron a un interrogatorio a estos funcionarios; la razón de ello fue que Honduras había ocupado en el informe de Percepción de la Corrupción de ese año, un nada deseado tercer lugar. Igual trato recibió el informe de Auditoría Social del Comisionado Nacional de los Derechos Humanos, en el que se solicitaba investigar 17 casos de supuesto mal manejo de la ayuda que había llegado al país para los damnificados del huracán Mitch.

Esta es la posición periodística más general, la que ocupa la mayor cobertura, la que tiene mayor posibilidad de llegar al público, por ser la más corriente, por emplear un lenguaje cotidiano, especulativo, alarmante, simplista y confrontativo. Pero es un periodismo que está dejando de ser influyente. Los ejemplos más recientes que ponen en evidencia la pérdida de la capacidad de influir de este periodismo, fueron los resultados de las elecciones internas de diciembre del año 2000. La posición que asumió esta prensa, fundamentalmente la radio, en torno a la nacionalidad del candidato del Partido Nacional, no influyó en los electores y, por el contrario, los electores votaron en contra de la corriente de los periodistas cuya postura se vinculó a la del partido oficial.

El otro ejemplo lo constituye un prolongado movimiento de profesores universitarios. No ha habido ocasión similar en la que los medios de comunicación - salvo la excepción de algunos medios y programas de radio, televisión y prensa escrita- presentaran la información tergiversada, distorsionada y manipulada, llegando, inclusive, a la distorsión de los reportes gráficos. Hubo ocasiones en las que las concurridas asambleas de docentes, eran referidas con fotografías de otros momentos y circunstancias que en nada representaban lo que estaba sucediendo. Pese a esta adversidad, las autoridades se vieron obligadas a iniciar una negociación. Tanto en el caso de la nacionalidad del candidato del Partido Nacional como en el movimiento de docentes, el problema se sacó del medio periodístico y del espacio institucional a las organizaciones de la sociedad civil.

No son entendibles por el sentido común - porque no se ven los vínculos directos con el poder, y porque las acciones gubernamentales directas o indirectas que han hecho perder la libertad a los periodistas, no siempre trascienden como información al público- las razones más intrínsecas que tienen los periodistas para unirse a las corrientes del poder. Los periodistas que deben arrojar luz, ayudan a mantener en la penumbra la función gubernamental. El periodista de hoy se olvida que la libertad de información es fundamental para el sistema democrático, y que la información es un arma en poder de la sociedad, y que allí donde hay información no prospera la arbitrariedad ni la corrupción. El periodista que no asume lo anterior, abandona su compromiso con la democracia y con la sociedad.

Pero este periodismo feroz y hostil contra quien crítica, demanda y vigila al gobierno, es igual de hostil frente a las organizaciones que defienden los derechos humanos, los derechos de los indígenas y los ecologistas. Está en contra de una marcha, de una protesta, de un plantón. Convertido en portavoz del gobierno, el periodista niega,

inclusive, el derecho a la protesta. Alaba y justifica a la Policía cuando hace uso innecesario de la fuerza, clama por el ajusticiamiento de los jóvenes integrados en pandillas juveniles y ve en el autoritarismo y la represión los más efectivos mecanismos de control social y de continuidad de la democracia.

La independencia personal del periodista se ha perdido, la perdió el periodista sin oponer resistencia. Es más, en este vínculo no está claro si el poder sedujo al periodista o el periodista propició un acercamiento táctico con el poder. Cualquiera que haya sido el procedimiento, la batalla, por ahora, la ha ganado el poder. Ha sido derrotada la información en perjuicio de la ciudadanía y de la democracia.

La universidad y el periodismo

¿Qué puede pensarse de una Universidad que mantiene en sus planillas y paga sueldo a un periodista por ser Director de Radio Universidad, una radio que no existe y que nunca ha existido?. Esta misma universidad mantiene en sus planillas como empleados permanentes a una cantidad de periodistas que no trabajan para la institución, y, además, firma contrato publicitario con periodistas que no tienen ningún programa en medio de comunicación conocido?. Esta Universidad es la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH).

La crisis universitaria y su pérdida de credibilidad y de presencia en la vida nacional se evidencia en su ausencia frente a los grandes problemas nacionales. Su voz se silenció desde hace dos décadas; su presencia en la vida nacional cuando no es de escándalo por fraudes de cualquier índole, es de farándula, como las masivas graduaciones y la inclusión de personalidades políticas en el quehacer universitario. Un vínculo forzado e innecesario entre la academia y la política, ya que la academia debe mantenerse lo más alejada del poder y del quehacer de los políticos.

Las autoridades universitarias se sienten más cómodas vinculadas al poder y amparadas y protegidas por un grupo de periodistas que obstruyen y controlan la información de la vida universitaria. Aunque el poder no necesita compañía, hay una tenacidad de exhibir el vínculo entre el poder y la universidad. La Universidad que debe tener como características elementales la transparencia, veracidad y honradez, es, por naturaleza, la antítesis de la política. El nexo entre la UNAH y el poder, sólo expresa el nexo entre sus autoridades y el gobierno.

La UNAH fue la institución laica con más credibilidad en el pasado reciente, a ella se recurría para oír su opinión, se le consultaba y se incluía en las comisiones de más alta responsabilidad; hoy su lugar lo ha tomado la Iglesia Católica, específicamente el Cardenal, quien está presente en todos los aspectos de la vida nacional. La iglesia ha invadido al Estado y a sus instituciones.

La otra dimensión de la crisis universitaria es su componente administrativo. Escudada en la autonomía y en los vínculos con el poder, la UNAH es una institución más oscura todavía que las Fuerzas Armadas. No hay transparencia, no existe la rendición de cuentas, y opera con una millonaria partida global que funciona como partida discrecional, es el pozo sin fondo de donde bebe el despilfarro y la corrupción.

Sin entrar a la administración universitaria, vedada para cualquier funcionario, incluyendo los miembros del Claustro Pleno Universitario, los docentes pretendieron conocer las finanzas de un escuálido sistema de previsión para empleados universitarios, sobre el cual recaen informes tanto de la Contraloría General de la República como de la Comisión de Banca y Seguros donde se cuestiona su administración. Su legítima demanda chocó ante a un periodismo feroz, que fue hostil a nuestros planteamientos y que agredía a las personas que se identificaban con esa demanda.

De nuevo este periodismo, igual que con el gobierno central, actuó como grupo de respuesta. No eran las autoridades universitarias los interlocutores más hostiles a los docentes universitarios, era la prensa, que no se avergonzaba de mentir ni de engañar, que no informaba a la ciudadanía, y que fue capaz, inclusive, de cambiar las imágenes gráficas para apoyar su postura. Esta prensa no valoró la importancia de su credibilidad. La comunidad académica, que incluía unos dos mil docentes y un número importante de estudiantes, quedaba impávida cuando en el campus universitario sucedían unos hechos y la prensa informaba de otros o de los mismos con un enfoque totalmente tergiversado.

La información se orientó a presentar a la opinión pública la idea que el movimiento no contaba con el apoyo de los docentes, que era tenacidad de los dirigentes, de sus intereses y aspiraciones políticas; el objetivo parecía ser ejercer presión psicológica y provocar la pérdida de apoyo entre la comunidad académica; pero la estrategia llegó hasta la calumnia y los ataques personales a los dirigentes docentes. Algunos de los periodistas que asumieron ese rol, jamás tuvieron, ni antes, ni durante, ni después del movimiento algún tipo de relación con quienes injuriaban cotidianamente, ni siquiera una entrevista o una conversación; en otros casos, los periodistas no acudían a la parte docente, para ser consultada, escuchada y tratada como una de las partes en conflicto, y cuando hubo oportunidad de preguntar por qué habían cambiado las fotografías de una concurrida asamblea de docentes por otra que era reunión de estudiantes, la respuesta de quien cubría la fuente fue: eso se hizo en la edición o en la redacción, según fuera prensa escrita o televisión.

La Universidad se anuncia, igual que un candidato a alcalde, o un candidato a cualquier otro cargo de elección popular; el anuncio destaca la labor de sus autoridades, se hace en transmisiones deportivas, en noticieros y eventos especiales. Pero también en el contexto del último movimiento docente, las autoridades universitarias ejercieron presión en aquellos medios que históricamente se habían mantenido abiertos ante los problemas universitarios. Un estudiante de periodismo que laboraba para un canal local fue despedido, porque en su rol de estudiante y de presidente de la Asociación de Estudiantes de Periodismo, denunció la corrupción en las finanzas universitarias. Para el movimiento docente, este medio continuó relativamente abierto, más como el producto del compromiso periodístico con la información; pero conocimos de las amenazas que las autoridades universitarias ejercieron sobre los dueños del medio; ambas partes estaban en proceso de negociar transacciones.

Pero como en todo, no hay posibilidad de un control absoluto; siempre, y yo diría en todos los medios, hasta en los más feroces, se encontró una rendija, algún periodista que observaba la batalla, y los obstáculos, y la justeza de la demanda, y una invitación llegaba para un panel, para una entrevista de radio o de televisión y en la prensa escrita se pudieron colocar artículos. Pero la posición oficial del medio era hostil, y no entendíamos por qué, si lo que solicitaban los docentes era rendición de cuentas y transparencia en el manejo de las aportaciones que por más de diez años se hecho al sistema de previsión de la UNAH.

Cuando todo se corrompe, la corrupción se convierte en un gran obstáculo para avanzar en cualquier sentido, hasta en construcción democrática. En los problemas universitarios, percibimos hostiles a nuestras demandas a los sectores beneficiados de la corrupción, pues el temor a ser descubiertos creó una especie de alianza para detener todo atisbo de cambio. Y más que una defensa institucional, la hostilidad se convierte en una defensa personal, en un elemento de supervivencia.

En ocasiones, la apertura de los medios y de los periodistas es sorprendente e inexplicable, y revela que algo está sucediendo en algún nivel de la relación entre periodista, medio y la autoridad. En otros momentos el cierre es evidente. Pero lo más repugnante a la conciencia es la manipulación y la desinformación. Cuando el periodista negocia con la información y con el medio para el cual trabaja, y le pone precio a su función y a su espacio informativo, se ha reducido a un mercenario de la comunicación, con toda la carga de desintegración ética que ello implica.

La falta de profesionalismo de los periodistas y su subordinación frente al poder, los conduce a percibir a quienes no coinciden con él y a quienes demandan y vigilan al gobierno y a las estructuras del poder, dentro de una relación amigo - enemigo; un reduccionismo propio de la lucha de clases y de la visión de secta. Todas, y cualquiera de las formas que actúan para agredir el pensamiento y la razón, se constituyen en golpes para la democracia y en una reacción que pretende sofocar y condenar al pensamiento crítico y creativo. Por supuesto, se trata de una condena vulgar. Esa es por ahora la función de un sector del periodismo que se ha constituido en los ojos del poder ante la ciudadanía.

C. DOS DÉCADAS DE PERIODISMO HONDUREÑO POR DENTRO

Manuel Torres Calderón

Mi experiencia como periodista se inició de manera fortuita en 1978. Estudiaba la carrera de Trabajo Social cuando opté a una plaza libre en diario La Prensa, que estaba bajo la dirección de Ramón Villeda Bermúdez. Seis meses después me nombraron Coordinador de Redacción en la oficina de Tegucigalpa.

Si en aquel entonces hubiese existido el Colegio de Periodistas, no lo habría podido lograr. En realidad, formé parte de la "última promoción" de los "empíricos", que se tendió como un puente entre la vieja generación y la nueva puesto que dejé la carrera de Trabajo Social y me matriculé en la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH). De la academia recibí lecciones interesantes, pero en el balance formativo siento que le debo más a la práctica que a las aulas, y no se trata de petulancia. Veinte y tres años después sigo plenamente convencido que la técnica periodística es la parte más fácil del asunto, la que se puede aprender, si hay capacidad, con unas cuantas lecciones programadas o con un par de buenos libros. Lo otro, lo más complicado, es entender la razón de ser del Periodismo, poner la técnica al servicio de los contenidos y comprender sus "pro" y "contras" en el contexto de la globalización internacional. Personalmente prefiero ver al Periodismo como un "oficio" más que como una "Licenciatura". No creo que una "licencia" haga a alguien merecedor del título de periodista, sin que ello se mal interprete como una aversión o un menosprecio a la formación académica.

Algo había en la vieja concepción del oficio que se ha perdido en la licenciatura. El sentido de pertenencia de los periodistas a la sala de redacción, el gusto por "reportear", la visión crítica, la afición a la lectura complementaria o a buenas conversaciones, el respeto a la gramática, la emoción de lograr una primera plana exclusiva, la disciplina por leer sus propias notas publicadas para aprender de las observaciones de los editores y, sobre todo, la convicción de que la libertad de expresión no es un instrumento para el lucro personal sino un bien social, son características cada vez más excepcionales de encontrar en su conjunto.

En contraste, las evidencias de los últimos años prueban una pérdida progresiva de los elementos que caracterizan un buen periodismo. Teóricamente, la formación universitaria debe ser integral, pero lo cierto es que pone más énfasis en las técnicas que en los contenidos. No se puede desconocer que conocer a fondo los medios de los "medios" es fundamental, aunque no lo es todo. En 1978 el mayor protagonismo de la comunicación social en Honduras recaía en la prensa radial y escrita; la televisión apenas se asomaba a la competencia informativa. Hoy el desarrollo tecnológico que acompaña a la comunicación demanda nuevas capacidades, no sólo en el momento de procesar la información, sino de acceder a ella, como en el caso del Internet. El problema es que en Honduras la academia y la práctica misma han separado la técnica de la ética y eso no es posible en nuestra profesión. Si a un periodista le falla una de ellas, aunque posea la otra, no podrá ser nunca un buen periodista. El desafío es fusionarlas, volverlas interdependientes, indispensables la una para la otra, pero, infortunadamente, no es esa la tendencia que marca el ritmo en la actualidad.

Un periodista que no reconoce la vocación social de su quehacer, que no escribe o reporta para los demás y que olvida que la libertad de expresión es un derecho inalienable de la sociedad, que tiene que defenderse y recrearse a diario, está condenado al estancamiento formativo o a desnaturalizar o alejarse de los principios rectores de su profesión.

El Periodismo tiene en el medio y en el contexto social sus mejores maestros. Esa relación se vuelve indispensable en la medida que las oportunidades formales de educación se limitan al período de la carrera universitaria; una vez fuera de ellas las oportunidades son escasas, quizá uno que otro taller, pero sin el debido seguimiento. Es conocido que los medios masivos de prensa en nuestro país carecen de programas o proyectos sistemáticos de capacitación. Los ejecutivos de los medios conocen, y se quejan, de las deficiencias de sus periodistas, pero alegan que no hay tiempo para la enseñanza. El ritmo de cada jornada laboral noticiosa es tan intenso y los intereses que se encubren tras ellas, tan complejos, que la calidad de la información no es un objetivo prioritario. De hecho, el mal periodismo es deliberadamente fomentado en Honduras. Es obvio que hay excepciones entre los coordinadores o jefes de redacción, pero son una minoría.

El problema se agrava a medida que los medios se multiplican y las escuelas de Periodismo no cumplen su papel formativo y de filtros. Muchos docentes, de las universidades privadas o la pública, ni siquiera saben escribir una noticia y pretenden enseñar cómo hacerlo. Una clase como Sociología de la Comunicación, que debiera ser un debate sistemático sobre el mundo actual de los medios y los mensajes, sigue concentrada en escudriñar las raíces históricas de la sociología y no de la comunicación. Para poner otro ejemplo, en la universidad nacional la clase de Ética apenas se cursa un semestre, una hora tres veces por semana, y consume su tiempo en Platón, Aristóteles y, con suerte, llega a Rosseau. En el resto del pensum académico esa clase desaparece. El criterio que justifica una omisión de ese calibre es que la ética viene del hogar y que, por tanto, las aulas no pueden aportar mucho al respecto. Quizá esa sea una de las razones que explica la impresión general de que muchos licenciados en Periodismo salen corregidos y aumentados en materia de corrupción.

Con esos antecedentes no resulta extraño que cada vez más los medios contratan jóvenes que no tienen ni idea de la responsabilidad social o profesional de la información; anuentes a encontrar fuentes de trabajo mal pagadas, pero dispuestas a facilitarles un protagonismo personal mucho más rentable. Esa actitud explica, en alguna medida, el periodismo superficial o "light", sensacionalista, falsamente crítico y tendente a la corrupción que impera. Es obvio que la confrontación entre un buen y un mal periodismo es permanente, histórica, pero lo grave es cuando el equilibrio se inclina a lo segundo. En este escenario, se puede decir que la generación periodística de los años 80 encontró un contexto que no sólo favoreció su formación, sino que su compromiso social, contrario a la actualidad, donde para muchos la capacitación es vista al margen del compromiso, casi como un accesorio prescindible.

Los años 80 no fueron fáciles para los periodistas, pese a la abundancia de temas noticiosos. Los detalles de la conversión de Honduras en una plataforma norteamericana de contrainsurgencia regional eran más conocidos fuera del país que

dentro. En Tegucigalpa, los medios periodísticos más importantes del mundo tenían corresponsales, colaboradores o enviados especiales. Entre ellos se pueden citar todas las grandes cadenas de televisión de EEUU, periódicos influyentes como The New York Times, Washington Post, Baltimore Sun, El País, La Vanguardia, Excelsior, Le Monde, Uno más Uno, The Guardian, revistas como Time, Newsweek, las agencias internacionales de prensa, incluyendo TASS, Xinhua, Prensa Latina, y numerosos medios escritos y electrónicos de mediana importancia.

La calidad de la cobertura informativa y su credibilidad variaba de periodista a periodista y de medio a medio. Había quienes ya traían del exterior el reportaje armado y sólo buscaban las citas textuales para refrendarlo. Uno de ellos, por ejemplo, era Pedro Sevcec de una cadena de televisión hispana de EEUU o Alfonso Rojo, de la revista española Cambio 16. Otros, en cambio, buscaban aproximarse lo más cerca posible a la objetividad, algo complicado de lograr por la maraña de desinformación que existía. Entre ellos destacaban Ray Booner, de The New York Times; Jesús Ceberio, de El País; Raymundo Riva Palacio, de Excelsior; o los ingleses Phil Gunson o Richard Lapper, para citar unos cuantos nombres. Ellos, en sus constantes visitas y reportes, fueron una escuela de periodismo de investigación que no fue debidamente aprovechada. El problema no fue que los periodistas hondureños no tuviesen capacidad de investigar la información, sino que no existían – ni existen - condiciones para su publicación. Las limitantes ideológicas o empresariales de los dueños de los medios ya se revelaban, en aquel entonces, como un factor de estancamiento y no de evolución en el periodismo nacional.

En términos generales la prensa internacional tenía más libertad de informar que la prensa local. Muchas veces los hondureños se enteraban de lo que ocurría en el país a través de la BBC de Londres, Radio Netherland, The New York Times o de los cables noticiosos de las agencias extranjeras de prensa. El primer reportaje sobre la base que la "Contra" y la CIA tenían en El Aguacate, departamento de Olancho, salió publicado en la revista española Interviú, y una de las primeras entrevistas a miembros de los escuadrones de la muerte hondureños la divulgó la periodista norteamericana Linda Druker. Ambas informaciones no eran desconocidas para los periodistas nacionales, pero sí impublicables.

Pese al marco restrictivo, los periodistas locales no se resignaban al silencio y muchos dieron pistas a la prensa internacional de hechos que no podían divulgar internamente. Para tomar conciencia de la censura de aquella época, basta recordar que oficialmente la presencia de la "Contra" en territorio nacional fue reconocida hasta 1987 por el ex presidente José Azcona Hoyo, siete años después de haberse instalado en el país. A un corresponsal de UPI, John Lantigua, lo habían expulsado de Honduras el 6 mayo de 1983, precisamente por divulgar que la "Contra" tenía su retaguardia en la frontera hondureña con Nicaragua y sus oficinas en Tegucigalpa. La embajada de EEUU, obviamente, no hizo nada por protegerlo, pese a que tanto la UPI como Lantigua eran norteamericanos.

Por aquellos años, entre sectores de la prensa extranjera y la nacional se estableció una corriente de mutua colaboración, aunque con objetivos distintos: a la gran mayoría de los corresponsales extranjeros poco o casi nada les importaba Honduras.

Igual que para los diplomáticos norteamericanos, este país valía por su papel en los planes de Washington y como trampolín para hacer carrera profesional. El objetivo básico era encontrar historias que interesaran al gran público norteamericano. En cambio, a los periodistas hondureños con quienes se contactaban sí les preocupaba la represión interna y el saldo creciente de desapariciones y asesinatos políticos, ante los cuales había que romper la mordaza.

Diario Tiempo, donde laboré entre 1979 y 1982, era uno de los pocos medios donde los familiares de las víctimas de la represión podían denunciar los abusos a los derechos humanos. Sin embargo, en general, el contexto era de intimidación, no sólo para los reporteros sino para las fuentes informativas. Un caso en particular me impactó en aquellos años, cuando una profesional universitaria fue secuestrada por paramilitares. Su esposo llegó a la redacción a poner la denuncia, pero solicitó mantenerse en el anonimato. Eran las fuentes trasladando los riesgos a los periodistas. Para mi era el sumo de la cobardía, pero el denunciante no tenía el mismo criterio.

Esa era la atmósfera que prevalecía en aquella época y frente a la cual muchos periodistas hacían un esfuerzo diario no sólo para sobrevivir, sino para cumplir con su deber. Contrario a lo ocurrido entre 1976 y 1983 en Argentina, donde la brutalidad de la dictadura impuso el silencio de su genocidio interno, en Honduras siempre hubo periodistas y fuentes a los que acudir, llámense Diario Tiempo, Radio América, Comité para la Defensa de los Derechos Humanos, Centro de Documentación de Honduras, Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos en Honduras, Comité de Mujeres por la Paz "Visitación Padilla" y otras más que prolongarían la lista. Una investigación de la periodista Lucila Funes confirmó que sólo entre 1982 y 1984, el período más duro de la guerra sucia, la prensa escrita publicó casi dos mil denuncias de violaciones a los derechos humanos. Muchas de esas denuncias salieron a tiempo para salvar vidas.

Como se puede colegir, en los años 80 la construcción de la democracia era un desafío en dos sentidos para los periodistas: denunciar la permanente violación a la soberanía nacional de parte de tropas extranjeras y evitar que la violación sistemática a los derechos humanos desembocara en una dictadura militar abierta. Como es natural, temáticas tan fuertes dividían ideológicamente las posiciones de los periodistas y los medios, pero aún los más conservadores no se atrevían en público a mantener posiciones sistemáticas a favor de la "Contra" o la represión de la "guerra sucia". Salvo excepciones notables, no se justificaba lo injustificable.

La batalla por la opinión pública, ese espacio ideológico entre oreja y oreja de cada persona, se libraba de una manera más sutil. Luchar contra la desinformación fue uno de los grandes desafíos para la prensa hondureña de los años 80. A medida que iba ganando esa batalla, asumía posiciones más críticas y beligerantes frente al autoritarismo, violaciones a los derechos humanos y la soberanía nacional. Ya en el transcurso del gobierno de Azcona Hoyo (1986-1990) la prensa en general había vencido la intimidación de la Doctrina de la Seguridad Nacional que impulsaban las Fuerzas Armadas y en su lugar, las noticias, reportajes y comentarios perfilaban cada vez más una nueva fuente de información: la llamada Sociedad Civil.

Casi sin darse cuenta, el militarismo se encontró con fuertes sectores de la prensa que lo investigaban y divulgaban sus excesos o abusos o que abrían sus páginas a las denuncias. Esa tendencia necesitaba un caso emblemático como clímax y lo tuvo en 1991, con la violación y asesinato de una estudiante de 17 años, Riccy Mabel Martínez Castillo. Su cuerpo fue encontrado en una hondonada al noreste de Tegucigalpa y lo que pudo reducirse a una nota roja más se volvió una mezcla de periodismo de denuncia e investigación que reclamaba el fin de la intolerancia e impunidad que rodeaba a los militares. La regla de que en Honduras los escándalos no duran más de tres días en la prensa encontró su excepción. Durante varios meses, el Caso Riccy apareció a diario en medios escritos o electrónicos. En un exceso comprensible, aunque no justificable, la prensa sustituyó a los tribunales y aportó una carga fiscal que hizo inevitable la condena para el principal implicado.

Con Angel Castillo Maradiaga, jefe de la unidad militar en la que se vio con vida por última vez a la estudiante, se inició un desfile inusual en el país: la remisión de coroneles a las cárceles, luego de que sus casos trascendieran públicamente. En su mejor etapa de los últimos veinte años, los periodistas y los medios de comunicación alentaron la desmilitarización de Honduras y el fortalecimiento de la institucionalidad civil, así como el respeto a los derechos humanos. Sin embargo, ese esfuerzo no culminó en la construcción de un régimen de opinión pública. En la agenda de la democratización y modernización nacional, periodistas y medios se quedaron al margen. Pronto, lo que era un papel positivo de denuncia y crítica se desnaturalizó y empezó una vinculación peligrosa al poder político. Los periodistas dejaron de tener a los militares como sus padrinos y los sustituyeron por los políticos, controladores del presupuesto y la administración pública.

En ese sentido, el daño que la administración del ex Presidente Rafael Leonardo Callejas (1990-1994) provocó al periodismo hondureño fue inmenso. En la economía de mercado, postulada por el modelo de ajuste, la información se afianzó como una mercancía. Todo entró en la subasta del mejor postor: titulares, número de columnas, tipo de letras, contenidos, pistas noticiosas, fuentes por consultar y fuentes censuradas, comentarios, editoriales, columnas, fotografías...no quedó nada por fuera.

En esa época trabajaba como corresponsal en la Agencia Española de Noticias (ACAN-EFE), junto a German Reyes, y luego como editorialista de Radio América. La experiencia me enseñó que, contrario a los años 80, en esta nueva coyuntura de los 90 a los gobernantes les preocupaba más la imagen interna que la internacional del país. Los esfuerzos por cambiar a un rumbo neoliberal la economía eran del agrado de los organismos multilaterales y de sus principales países socios. Cubierto ese frente, la preocupación gubernamental iba por otra vía, utilizar a la prensa y a los periodistas para desacreditar cualquier oposición a sus políticas económicas y sociales. El mejor método que Callejas encontró para tener una prensa incondicional fue la corrupción. El periodismo crítico gestado en la década de los 80 comenzó a perder espacios y capacidad de divulgación. Se institucionalizó en esa época el desconocimiento al derecho de la ciudadanía a informar y ser verazmente informada.

Esta vez ya no era la corrupción folklórica de la época de Roberto Suazo Córdova (1982-1986), a quien más de un "periodista" le lustró sus zapatos, sino un fenómeno

enquistado y legitimado por el poder político y económico. La corrupción desbordó sus propios muros iniciales de contención y se volvió una práctica rutinaria, visible y altamente lucrativa, permitida, tolerada y auspiciada por los dueños de los medios de información.

Como era lógico esperar, paralelo a esa degradación hubo un descenso notable en la calidad y credibilidad de la cobertura informativa. Quizá si en ese momento hubiese existido un movimiento ciudadano y periodístico con suficiente valentía para denunciar la falta de transparencia informativa, tal vez, y esto es pura conjetura, los decibeles de corrupción actual no serían tan altos. La prensa que no ocultó los abusos de poder en la "guerra sucia" y el conflicto regional, esta vez guardó silencio con respecto a sus pecados de familia. El costo de esa tolerancia se paga ahora.

Curiosamente, mientras el periodismo profesional tendía a recluirse en sus propios ghettos informativos, el periodismo venal iniciaba un proceso de legitimación pública. Mientras uno perdía poder, el otro lo ganaba. Un mal entendido "espíritu de cuerpo" y la indiferencia permitieron que se institucionalizara y creciera la corrupción en un grupo de periodistas ávidos de poder. Los propietarios de los medios tienen una alta responsabilidad histórica al permitir, proteger y estimular esa deformación ética y profesional. Ellos no desconocían lo que pasaba en sus propias empresas y más bien le sacaron provecho. Hoy, pocos años después, no se sabe quien tiene más poder en los medios, si el periodismo tarifado o los propios dueños. Sin duda, la concesión al periodismo venal llegó demasiado lejos.

Los méritos que el periodismo hondureño había logrado en la década de los 80, comenzó a borrarlos en los 90. Varias dudas empezaron a generalizarse en la población respecto a la información brindada por los medios: ¿es creíble?, ¿qué se propone? o ¿a qué intereses responde?. El desplome ético del periodismo se aceleró con el inicio del modelo de ajuste neoliberal, y ello es lógico puesto que la ética social que se impuso fue la del lucro personal. En ese contexto, la falta de un periodismo investigativo ya no sólo obedeció a las limitantes que impusieron los propietarios de los medios sino a los intereses venales de los propios periodistas. A ninguno de los dos les importaba ver detrás de las noticias.

El abandono a las normas técnicas más elementales se volvió rutinario. En la "nueva escuela" las "noticias" salen de una entrevista, sin consultar o confrontar varias fuentes, la especulación sustituye a los hechos comprobados y la independencia crítica cede su lugar a los dictados del poder. La agenda noticiosa no la pautan las salas de redacción sino las oficinas de Relaciones Públicas, los despachos de los ministros, Casa Presidencial, otros poderes del Estado o las agencias de publicidad que pagan explícitamente para que el material publicitario o propagandístico se confunda con el informativo. Tanto las noticias como los periodistas pasan a ser propiedad de los mismos dueños. Como es natural, hay excepciones, pero a las que cada vez les cuesta más trabajo respetar el principio profesional básico de "veracidad, objetividad y exactitud".

Lo que empieza a imponerse en el país es una deformación interesada de la noticia, con fuentes que manipulan y periodistas que se prestan al engaño. Con ello se consolida una antiética profesional basada en la indiferencia total a las consecuencias

de una mala información. La reputación o el prestigio social de una persona o una institución pueden ser dañados con absoluta impunidad. Comprobar la veracidad o exactitud de una noticia deja de ser relevante. En su lugar, se abre un espacio para la noticia falsa, tendenciosa o para ocultar los hechos. No siempre tras ella se esconde un pago ilícito, pero el resultado es similar.

Como consecuencia natural, los medios se convierten en un poder en si mismos, ya no sólo un poder en manos de terceros. Colateralmente la corrupción deja de ser clandestina para volverse abierta, pública y compartida. La vieja actitud de ocultar la riqueza que no se puede explicar es sustituida por la ostentación, el desplante y la soberbia. "¡Somos poderosos, somos corruptos y qué ..."; No en vano, la población ve en los periodistas a los herederos de la impunidad y privilegios de los militares.

Todos los parámetros éticos cambian en el nuevo marco profesional, tanto es así que en los periódicos, para citar un caso, es posible ver algunas "aclaraciones", cuando las partes agraviadas lo exigen, pero nunca rectificaciones. Los periodistas y los medios no "rectifican", es decir, no admiten el derecho de los usuarios de la información para no ser víctimas de la calumnia o la difamación, y cuando publican las "aclaraciones" jamás es en los términos que fija la Ley de Libre Emisión del Pensamiento, es decir, en el mismo espacio y despliegue de la información original. Las "aclaraciones" sustituyen las noticias de relleno, en pequeñas columnas, casi con los mismos tipos de letras que se usan en los clasificados y en las páginas más recónditas de la edición diaria, como si no supieran que ya, por si solas, las "aclaraciones" nunca logran reponer el daño que han sufrido las personas o instituciones.

Si en los años 80 los medios y los periodistas volvieron los ojos a la ciudadanía, como fuente de información y poseedora de derechos, en los 90 el objetivo fue invisibilizarla. Por eso, a mi juicio, la desnaturalización del ejercicio del periodismo en los últimos años no es una simple decisión personal, sino un rebrote de las corrientes ideológicas más conservadoras del pasado. Todo poder necesita, no sólo ideología, sino portavoces, y la prensa no se escapa a esa ley social.

De ahí que no resulte extraño que los medios y los periodistas, por varias razones, sean cada vez más intolerantes y excluyentes con respecto a quienes critican al sistema, proponen alternativas o reclaman sus derechos. Las organizaciones o sectores que son potencialmente clasificados como amenazas al poder, o que simplemente les hacen sombra, tienen más dificultades que otros para ejercer su derecho a la información.

Ese perfil antiético se acentúa en el inicio del nuevo siglo. La proliferación de columnas para la difamación y la calumnia, tanto en la prensa escrita como electrónica, ratifican los graves males que aquejan al periodismo hondureño. En esos espacios no hay regla profesional que se respete, pero en su divulgación se refleja algo más: la plena anuencia de los propietarios de los medios a ese tipo de periodismo sin fuente, sin responsable y sin escrúpulos. Eso también ha cambiado mucho en el periodismo hondureño. Los dueños han abandonado su papel tradicional de confiar en sus directores y jefes de redacción para convertirse ellos mismos en editores de la información. Algunos dan órdenes expresas de que se les envíe puntualmente el

sumario de los principales titulares, noticias y editoriales que saldrán publicados al día siguiente y, con ellos en mano, modifican o censuran lo que estiman conveniente.

De la vigilancia no escapan ni siquiera los campos pagados o espacios publicitarios cuando tienen contenidos políticos o críticas a los gobiernos. En esos casos, los gerentes de publicidad tienen el deber de consultar a los jefes de redacción, éstos a su vez a los directores y los directores a los dueños. Bajo ese esquema, los directores están condenados a ser guardianes de la ideología e intereses empresariales de los dueños, con muy poco poder para impulsar un buen periodismo, si es que tienen el interés de hacerlo. Sus competencias reales son muy reducidas, pero se conforman con ello.

La pertenencia de los propietarios de los medios a partidos políticos o a conglomerados financieros o industriales impide o dificulta, sin duda alguna, el ejercicio de la libre expresión. El dueño de un periódico editado en la costa norte definió a sus editores de San Pedro Sula y Tegucigalpa las reglas del juego de la siguiente manera: "no se publicarán informaciones que afecten los negocios e intereses de la familia propietaria o los negocios e intereses de los amigos de la familia propietaria". Marcando los límites de esos círculos intocables, quedan muy pocas áreas libres sobre las cuales informar u opinar, y lo digo por experiencia personal. Entre septiembre de 1999 y mayo del 2001 fui editorialista y encargado de las páginas de opinión de El Heraldito, un capítulo que no considero malogrado, pese a que fue cortado de tajo.

Asistir a las reuniones de los editores con el dueño del periódico, el empresario Jorge Canahuati, me permitió conocer el juego de pesos y contrapesos de poder en un medio masivo importante. Las conversaciones, que no eran secretas, solían girar alrededor de los temas de interés nacional del momento. Curiosamente, a veces las opiniones más conservadoras o críticas respecto a la sociedad civil, por ejemplo, venían de los propios periodistas y no del dueño.

La resistencia era activa al proyecto de abrir las páginas de opinión y redacción del periódico a pensamientos plurales y críticos. Las consecuencias de ello -se advertía- no sólo podían ser ideológicas o políticas, sino también económicas. En efecto, los dueños del poder económico del país son más sensibles a la información que el resto de la ciudadanía organizada. En una ocasión, uno de los columnistas tradicionales del periódico, José Ochoa y Martínez, escribió un artículo contra el dirigente nacionalista Ricardo Maduro, criticando su actuación frente al Banco Central en el gobierno de Callejas. Después se me informó que la reacción de Maduro fue suspender la publicidad de sus empresas en El Heraldito, generando pérdidas que se temía alcanzaran los tres millones de lempiras. Ese seguramente fue uno de los artículos más "caros" en la historia periodística del país.

No fue el único caso. A principios del 2001 escribí un editorial con una propuesta simple: si el déficit en la balanza comercial era imposible reducir por la vía de aumentar las exportaciones, entonces ¿por qué no reducir las importaciones, sobre todo de artículos suntuarios, como los autos de lujo?. Al día siguiente de su publicación, el Gerente de Publicidad recibió una nota muy dura de la más importante compañía vendedora de autos en la que no sólo rechazaba una propuesta "que atenta

contra el libre mercado", sino que amenazaba con cortar para El Heraldito toda la publicidad de las empresas automovilísticas. La virulencia de la nota no respondió tanto al temor de que el gobierno hiciera caso al editorial, algo impensable, sino que salió en defensa de principios ideológicos muy firmes a favor del modelo económico en boga. Dicho sea de paso, el editorial no mencionaba una marca en particular de autos.

En ambos casos quedaba plenamente demostrado que para la empresa privada su inversión en publicidad tiene un componente no explícito, pero real, de injerencia en los contenidos periodísticos generales, más allá de la página específica que compra para promover una marca o un producto determinado. La injerencia no se limita ya, como antes, a garantizar que si la Coca Cola compra publicidad, entonces no se puede publicar ninguna denuncia eventual sobre la calidad del producto. Los nuevos tiempos dan a los anunciantes la prerrogativa no escrita de velar por los intereses globales del sistema, no sólo de sus acciones específicas, y en eso suelen ser más puntillosos que el propio gobierno.

A diferencia de los empresarios, a las autoridades públicas, encabezadas por el Presidente, les mueve más la defensa de sus intereses personales o de grupo a corto o mediano plazo que el futuro estratégico del país. Sus reclamos no se dan contra opiniones críticas estructurales, sino contra señalamientos puntuales, con nombres y apellidos. De hecho, el presidente Carlos Flores Facussé está a punto de lograr una hazaña mundial: no haber sido criticado directamente por ningún editorial de la prensa escrita en sus cuatro años de gobierno. Y no es precisamente por falta de razones.

Flores Facussé es un caso especial en la relación prensa-poder debido a que suma a su condición de gobernante la de propietario de un importante medio de comunicación, por ello no siempre se precisa cuando actúa en calidad de tal o cual posición. En El Heraldito, por ejemplo, no sólo logró con sus influencias quitarse de encima a periodistas que le resultaban incómodos al gobierno, sino que frenó la abierta competencia de ese medio contra su periódico en la disputa por el control del mercado, y es que en los dos años que duró su breve apertura crítica, El Heraldito circuló más, se hizo rentable y tuvo mayor incidencia. Pero el verdadero negocio de los dueños de medios de prensa no es el periodismo, y esa es la clave para entender lo que pasa.

Sin embargo, el lado positivo, no malogrado, de la experiencia de El Heraldito fue confirmar la sequía por un buen periodismo o, al menos, por un periodismo decente, que demanda la sociedad en el proceso de transición democrática. Hay una necesidad de información veraz, pero no existen los medios para satisfacerla, apenas algunos espacios singulares y vulnerables que se desvanecen cuando se van sus protagonistas y son relevados por los actores tradicionales. De lo que se trata es que los medios y los periodistas no estén al margen, ni de la legalidad, ni de los retos del país.

Para ello es preciso acabar con dos actitudes lamentables: la pasividad de los usuarios de la información para no reclamar sus derechos y la indiferencia de los periodistas no venales con respecto a la corrupción en el gremio. Una y otra, mientras sigan de la

mano, condenan a la prensa hondureña a no estar a la altura de las expectativas de cambio.

El Periodismo no es un oficio que se practica por la paga mensual. Una sala de redacción no puede compararse al plantel de una maquila. Las noticias no se redactan por docenas ni se botan a la basura las que no reúnen los requisitos del mercado. Esto es otra cosa. Los periodistas no deben encarnar o intimar con la censura sin protestar, sin pelear contra ella, sin rescatar su propia dignidad.

El Periodismo debe ser pasión, vocación, compromiso y tenacidad, pero admito que no son valores en alza. Los periodistas indiferentes - "neutrales" o no "radicales", como se califican a si mismos- junto a los corruptos, sí hacen mayoría. Al final, no sé cual de ellos es más peligroso para la libertad de expresión, si el que pierde su razón de ser profesional en la "visión" y "misión" de la institución o empresa para la que laboran, o el que abiertamente se aprovecha de sus espacios para traficar con su valor.

Como quiera que sea, ningún cambio interno positivo se podrá lograr en la calidad de la información si la ciudadanía no se rebela contra los medios que le mienten y manipulan, y si los periodistas no se organizan para reencontrarse con la ética y la calidad de su trabajo. Fuentes y reporteros deben cambiar la concepción que tienen de la información y su importancia estratégica y encarrilarla en la construcción de un efectivo Estado de Derecho. ¿Cuánto tiempo llevará lograrlo? No se sabe, ni es correcto plantearlo en esa perspectiva, porque se debe lograr a diario, a pulso, ya que más que una meta es un punto de partida. De cualquier forma, lo que si tengo claro es que veinte y tres años después de haberme iniciado en estas lides, sigo convencido que el Periodismo, como dice Gabriel García Márquez, es el "mejor oficio del mundo", aunque en una afirmación tan categórica como esa corramos el riesgo de perder la objetividad.

D. PRENSA, PODER Y CIUDADANO: EL CASO HONDUREÑO

Rodolfo Pastor

La amplitud del problema

Hay un problema de conceptualización. Puesto que se supone que el poder está concentrado en el Estado, a menudo se alega que de ahí también dimana la desorientación del público. Pero, al menos en teoría, debería de ser evidente que la relación no es tan asimétrica. La prensa (el cuarto poder) incide con su propio peso en esa ecuación. Ningún poder oficial será bastante en un sistema abierto para controlar todos los medios y circuitos de la información. Y los ciudadanos están finalmente en condiciones de determinar la confiabilidad de los medios y de escoger entre sus opciones de información.

No sería factible corromper a la prensa, de no ser porque está dispuesta, por la falta de compromiso y valores de sus propietarios y cierta carencia moral y también intelectual de los periodistas, quienes establecen con gobiernos sucesivos y sectores políticos diversos una relación de patronazgo y clientela, chantaje y soborno. Y, si hay libertad de expresión y de información, los ciudadanos que podrían exigir responsabilidad a los medios y auténtico rendimiento de cuentas al gobierno, consienten la falta de lo uno y de lo otro por pereza y desidia más que por una imposición.

Hay formas de corrupción que pasan desapercibidas para muchos. Expresarse mal a veces al grado que no se entiende la noticia, como ocurre a menudo, porque el periodista no entiende lo que está pasando frente a él y no sólo porque no sabe hablar o escribir, es, en todo rigor, una corrupción, que equivale, a la mala práctica por ignorancia de los médicos. Y debería de estar penado por ley. Nada que ver con el Estado o muy poco. También es corrupción usar un espacio público para ventilar asuntos netamente personales, pequeñas venganzas y otras miserias que no tienen que ver siquiera con lo público.

Hace tiempo que se discute (desde Barrington Moore) el problema de la base social de la democracia. Pero este tipo de régimen también necesita un cimiento cultural. Y como en la mayor parte de América Latina, en Honduras hace falta mucho para levantar ese cimiento, de tal forma que podamos construir sobre él con confianza. Uno sólo tiene que escuchar a los "gurus" de la radio, "crótalo locutores" los llama Vargas Llosa, que, sin elementos analíticos, principios, ni vergüenza en la sin razón, editorializan sobre todo asunto real o ficticio de interés general, apelan a y atizan las pasiones más bajas del público, difaman y calumnian a sus anchas y sólo tiene que escuchar las "llamadas del público", insultando a esos locutores por las razones equivocadas o aplaudiéndoles su demagogia, para calibrar tanto a "los orientadores" y a los elementos de la opinión pública. Por eso, el remedio de fondo es la formación de los hombres de prensa (su educación formal y moral) y de los ciudadanos. Una responsabilidad incumplida de la sociedad.

El poder público

Establecido ese hecho toral, hay que reconocer sin embargo no sólo talento, sino una gran destreza a quien quiera que sea que maneja la imagen del actual gobierno

hondureño y su relación con la prensa. Luce muy profesional la propaganda impecablemente concebida, que aprovecha todos sus medios y recursos, que vincula a la figura presidencial con todo lo que es popular (el Cardenal, el fútbol victorioso, la defensa de los pobres en los foros internacionales y de los emigrantes) y la aleja de los actos concretos de gobierno, pasados, presentes o potenciales, que puedan ser polémicos o vulnerables a una crítica, al punto de renunciar a ellos aunque fueran de interés general. Los términos exactos de las encuestas contratadas por Casa de gobierno (cuando se dice que el Presidente tiene un 93 o un 83% de popularidad) no son creíbles, pero es indudable que el gobernante goza, a pocos meses de entregar su mandato, de gran aceptación. Y la ha conseguido a veces a costa de sus principales rivales en el escenario, abdicando de mucha de su responsabilidad y con la complicidad de los medios. El concertado desconcierto de la prensa está siempre a la orden.

Aunque desde hace mas de tres años, se podía anticipar la concatenación de los problemas que condujeron a la crisis económica actual, la prensa –y como consecuencia la opinión publica-- no contempla siquiera que al Presidente le quepa responsabilidad por imprevisión

. Ciertamente, el Señor Flores no es el principal culpable de la crisis, derivada de antiguos desaciertos, de las vicisitudes del comercio internacional y de la recesión mundial. Pero la baja de los precios de las exportaciones era evidente al asumir el mando el gobierno actual como el incremento de los precios del petróleo. Las consecuencias eran fácilmente previsibles. Se sabía que los prestatarios no pagarían. No se formuló ninguna política (que ¿hubiera sido alarmista?) para enfrentar esa situación. No se han fomentado, ni siquiera propuesto alternativas y no se exigió responsabilidad a nadie. La prensa cae en la polarización interesada de las explicaciones en disputa. Se divide frente al problema en apariencia de manera espontánea, entre quienes siguen la línea oficial y los que se desvían por la ruta de la consigna de un partido o del otro. Y así también ¿cómo consecuencia? se polariza el electorado. Pero el gobierno milagrosamente queda a salvo.

Algo semejante ocurre frente a la crisis de pronto revelada en las finanzas públicas. Al grado que la línea oficial coincide con la de la oposición para culpar al Congreso. Y entonces, por consigna, la prensa asegura que "los políticos" tienen la culpa de "los compromisos incumplibles que ponen en aprietos al gobierno" ¿sin advertir que el político que firmó, hace cuatro años, los estatutos del médico y del docente es el mismísimo gobernante de hoy, al que se quiere eximir de responsabilidad?

(Así pues, con la colaboración de la prensa y de la oposición, el Ejecutivo culpa al Legislativo y a su propio Partido de la "Carta de Intenciones" que está a punto de firmar con el FMI, así como del no desembolso del préstamo de alivio del Banco Mundial, que se queja de un déficit agudo y de una ligereza fiscal.) La prensa no es fisgona No escarba en la superficie que ella misma ha pulido de ese paradójico misterio y no hace preguntas. Acepta y reproduce la versión que le ordenan.

Para conseguir "un 83% de popularidad", en efecto, el señor Flores ha necesitado de la colaboración amplia y estrecha de los medios, que tienen que haber destacado los méritos reales o representados de la gestión presidencial y haber minimizado las

posibles objeciones. Independientemente de que una opinión pública entre ingenua y desinformada es fácilmente manipulable, se requiere de decidido empeño y concentración para conseguir esos "efectos especiales" e ilusorios. Hay que felicitar a un equipo profesional de monitoreo y propaganda.

(Un gobernante que tiene tantas cosas trascendentes que estudiar y hacer, que debe de supervisar la formulación de políticas y estrategias eficaces en tantos sectores, tan importantes para el bienestar colectivo, que debe de vigilar el cumplimiento de metas de sus funcionarios, no podrá dedicarle a un aspecto secundario --como el detalle de su imagen personal-- más que la mas somera de las vistas.)

La Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) asegura que, en Honduras, la prensa ha sido sólo "parcialmente libre", porque los periodistas y medios de comunicación han sido conculcados con diversos medios y técnicas para favorecer al gobierno en su tratamiento cotidiano de la noticia y para editorializar a su favor. Incluso ese organismo internacional y otras ONGs vinculadas --inspirados en relatos particulares valederos, aunque coyunturales-- han querido destacar la persecución judicial o administrativa de un par de colegas, que perdieron sus chambas o espacios, según se dice, a petición expresa del sensibilísimo Presidente en represalia por una crítica. Pero esos no son claramente más que mecanismos excepcionales, a los que se recurre cuando las cosas se salen de control.

Los periodistas

En primera legítima instancia están los premios y los homenajes. Diversas oficinas y facciones de las distintas ramas de los gobiernos central y local otorgan, en el día del periodista y tantos otros como convenga, "premios" y "homenajes" a los comunicadores más inteligentes, premios muchos de ellos más sustanciales que los Premios Nacionales de Arte, Ciencia y Literatura que, por lo demás, a veces sirven un objeto semejante y corren la misma suerte, y que prometen siempre una mejor cotización del premiado.

Tampoco se puede hablar rigurosamente de corrupción. Hay "circunstancias mitigantes". No hay una formación ética rigurosa del periodista que, como consecuencia, no termina bien de columbrar la función que cumple en la sociedad, se envanece fácilmente y se desubica con poco. Se les hacen a "los grandes" deferencias y cortesías extraordinarias. "Con un puro en la boca, viajando en el avión presidencial, cualquiera pierde su sentido de identidad, se siente rico y poderoso, dueño o portavoz de la verdad, intelectual y burgués... podrá jactarse --después- de que el Presidente lo llame al celular, para "putearlo" o para pedirle que se calle", confiesa Aníbal Barrows. De manera legal, se otorgan además empleos públicos muy codiciados (especialmente los de las representaciones diplomáticas) a periodistas o parientes de periodistas que quedan por ese medio comprometidos. Por supuesto que sin tomar en cuenta la conveniencia de esos nombramientos para el Servicio exterior, ni el que a menudo quedamos en evidencia ante gobiernos serios por los cambios súbitos y los sustitutos.

No lo sé de cierto, porque nunca he sido merecedor de esas honras, nunca me han censurado y nunca me han ofrecido nada. Pero me han confiado además fuentes de

entero crédito que se reparten además centenares de miles de lempiras mensuales, por nómina, a periodistas influyentes tarifados, según su rating. Y la distribución de dineros públicos directamente a los periodistas, justificada con facturas de publicidad de los medios, ya es constitutivo de delito para quien da como para quien recibe y justifica. Los periodistas corruptos se enriquecen. "Y entre más cobran más los respetan". Pero con los sueldos que se pagan por el oficio, difícilmente puede esperarse que la mayoría resista la tentación. (Cuando bien le va, un columnista suele ganar \$120 mensuales que es un mal sueldo para un ordenador!)

En efecto, el periodista es producto primero del medio social mezquino, luego de nuestra universidad moribunda, enseguida del gremio habituado a lo peor y finalmente del medio específico, en el que trabaja y se le manipula. "El Colegio" no hace nada por prevenir la corrupción y elige directivas que favorecen al gobierno, de acuerdo con los dueños. (De hecho, en vez de investigar y dictaminar sobre las acusaciones de corrupción de los periodistas, el Tribunal de Honor del CPH, intenta reiteradamente amedrentar a quienes la denuncian.) La Universidad puede formar "... pero los dueños deforman".

Los dueños

Juega un papel principal la relación personal del gobernante con sus compañeros de gremio, los propietarios de los otros medios de comunicación, que incluso defienden al gobierno frente a los embajadores y representantes de organismos internacionales en privado, atestiguando, frente a las insinuaciones de la SIP, que "aquí no hay problemas de libertad de prensa". ¿Quién lo sabría si no?

Por la vía de contratos jugosos de publicidad oficial (los anuncios de las "inauguraciones", los listados de obras ejecutadas, las licitaciones de las obras que se seguirán haciendo, después) que también sirven el propósito de destacar la imagen del gobernante, el Gran Constructor, el Compasivo, las más de las veces en términos personales, "porque hay que divulgar la obra para orientar al pueblo", se estimula a los medios a ser complacientes, a destacar - sin falla- el foco o la llave de agua de cada jueves.

Los medios después de todo son negocios privados; venden publicidad y campañas publicitarias. La información es "chascada". No hay un periódico o un canal público que llene la función de expresar una línea oficial. De modo que la genuina necesidad del Estado de comunicarse puede fácilmente justificar los pagos que contaminan la objetividad obligatoria. Se incluyen en el paquete incentivos de todo tipo, favoreciendo a otras empresas e intereses de los propietarios. Se toman decisiones públicas que amparan a estos potentados y sus grupos. Y en vez de desenmascarar el sistema, la oposición, que tiene demasiado que perder, monta su propio operativo de desinformación, compra sus propias plumas y gargantas, presentadores y relacionadores, los codotieri y los mercenarios de a pie. Y establece su propio puente con los dueños.

Como en el resto del mundo, entonces, los propietarios de los medios se vuelven todopoderosos, dominan el uno y el otro lado. (El cuarto poder deviene el primero, con Berlusconi por ejemplo). Gozan aun de infalibilidad y del don de la profecía que

se cumple a si misma. Pueden en cambio incumplir su pago de los servicios públicos. Con su venia se firman tratados y contratos. Son consultados para determinaciones en que tienen un interés creado particular. Imponen decisiones de administración pública y se ha dicho –incluso- que su largo brazo alcanza a ejercer el veto del Presidente. Son por supuesto absolutamente inmunes e impunes. Se les nombra vía decreto para formar parte de esas Comisiones con que supuestamente se quiere remediar (suplantar) la representación popular fallida. Y todos empujan "en la misma dirección". Salvo cuando disponen cambiar. A cambio, giran instrucciones precisas, ordenan prohibiciones (de criticar al Presidente o al candidato) y autorizan la "edición" o mutilación del material.

Las consecuencias y los remedios

Los efectos de ese sistema sobre la calidad de la información son terribles. Como el fotógrafo con el ángulo y la amplitud del lente, con el foco y la distancia, conceptualmente, el editor y el periodista incorporado, al informar puede suplantarnos lo toral con lo secundario, poner en el primer plano a una figura que quiere asociar con un evento positivo o vincular a uno negativo, o dejar fuera del escenario retratado o del encuadre a quien quiere opacar o ignorar. En el limite extremo de esa magia, se hace desaparecer lo real y se lo sustituye con un placebo. La realidad, como viene de decir Rafael Platero, deviene "realidad virtual", la que escoge el poder y representa la prensa. Y distorsionar la información deforma al periodismo, lo pervierte y quizá lo vuelve incapaz de apreciar la realidad. La gente enloquece con su pequeño poder iluso de mencionar u omitir un nombre, un dato irrelevante.

Mientras tanto, la relación perversa entre la prensa conculcada, el poder arrinconado y una ciudadanía desorganizada y timorata es la base de la inercia política y de la corrupción administrativa que, a su vez, es la raíz primordial de la irresponsabilidad del Estado y la miseria de la gente. En algunos lugares del mundo que, según Transparencia Internacional, son tan corruptos como Honduras, se ha estimado que el sistema de la corrupción consume hasta un 17% del Producto Interno Bruto. Y ningún sistema social puede tener una perdida de esa magnitud y cumplir con sus obligaciones.

Ahí esta el nudo de la cuestión. ¿Cómo puede haber buenos periodistas si los propietarios los irrespetan? ¿Cómo puede potenciarse una ciudadanía si no dispone de la mínima orientación? Si somos liberales y pretendemos que un día el ciudadano tome las determinaciones fundamentales y gobierne ¿dónde podrá encontrar la información pertinente, veraz y una orientación sobre la conveniencia o el interés general? ¿A qué medio o periodista podrá acudir? ¿Qué opiniones responsables deberá debatir? Mientras no exista una prensa seria y una ciudadanía exigente, ¿podrán surgir genuinos políticos comprometidos con la democracia? ¿Por donde se puede empezar a romper la máquina del círculo?

La principal debilidad del sistema es que mucho del arreglo está predicado en la capacidad para disponer de dineros y recursos públicos, en ese reparto de recursos escasos que, según una de tantas definiciones académicas, es la política. Según mis antecesores, ya Ricardo Zúniga había institucionalizado a "una prensa tarifada", que no le sirvió de nada cuando cayó de la gracia de Oswaldo. Callejas que fue el primer

presidente democráticamente electo en montar un sistema completo de manipulación, gozó de gran "popularidad" hasta el momento en que entregó el poder, aun y cuando trascendieron algunas listas de periodistas comprados. Pero luego de entregar la banda, perdió repentinamente esa aura protectora. Sus negocios escondidos salieron a luz pública. Trascendió, como en la advertencia apocalíptica, todo lo que se había conseguido mantener oculto. De nada le sirvió comprar un periódico nuevo. Y su popularidad se contrajo al núcleo de la hueste, a la que nunca afecta ninguna revelación, porque siempre es capaz de reinterpretarla.

¿Sucederá lo mismo con el Dr. Flores, que ha gozado de la protección oficial frente a los medios durante dos períodos gubernamentales consecutivos, aun como futuro Presidente de la Asociación? Lo seguro es que fuera del poder, el periodista y el ex presidente valen poco y –entonces- seguir formando parte del poder es una estrategia obligada. (¿Con quien tendrá más posibilidades de poder después de enero próximo Carlos Flores? ¿Con cual de los candidatos hay que apuntar la radio, el programa, el periódico o la columna?) Nadie se retira nunca. Los únicos que tienen tranquilidad en el poder son los dueños, ¡qué ya decidieron quien va a ser el siguiente! (¡Están preparando otro para después!) Y tienen lista la factura. La grande, la que se paga "después, no se preocupe."

No hay, ni tiene por que haber una salida fácil y sin embargo no todo esta perdido. Como dicen los bandidos, "esta es para que se aviven". Lo único indispensable es la libertad posible, que está dada. ¿O acaso hay otra manera de aprender? La distorsión de la prensa podrá surgir siempre, en todo lugar y en cualquier momento; lo único que puede neutralizarla es una educación crítica de la gente, su capacidad para discernir y diferenciar. Lo único que le podemos exigir al Estado es que permita la libertad. ¿Cómo podría el Estado perfeccionarla?

La libertad plena no podrá alcanzarse mientras no mejoremos la calidad del periodista que graduamos, la cultura general de nuestra ciudadanía y no estemos en condiciones todos juntos de exigir decencia a los dueños de los medios y a los políticos. El problema es cómo concretizar o capitalizar esa libertad posible, relativa que, en otro sitio, he llamado "suficiente".

Un medio de comunicación liberado por completo bastaría para romper la hipnosis de la desinformación y la mentira oficial amplificadas y hegemónicas. Un grupo de periodistas puede valerse de ese margen para abrir espacio, aprovechando las contradicciones entre las versiones compradas. (¿Acaso no hay pequeños núcleos rebelándose en cada medio?).

En cuanto trasciendan y tengan oportunidad de divulgarse las investigaciones que profundizan el tema, el periodista genuino desarrollara estrategias alternativas de comunicación para ese fin y el ciudadano preocupado podrá aprender a aplicar sus propias pruebas "químicas" de veracidad y honradez y a descodificar los mensajes cifrados, conscientes o inconscientes. Rechazara tanto a la información basura y sensacionalista, como la colocada y manipulada por los dueños corruptos y el poder corruptor. Nuestra tarea es enseñar a leer.

Expuesta a un punto de referencia distinto, la gente aprenderá a identificar a los incorruptibles, a estimarlos y protegerlos, de forma que serlo será más fácil, popular y cotizado. Por ahora, ser honesto, diligente y responsable como comunicador, analizar los sucesos reales bajo las pantallas y atrás de las pantomimas, con una óptica independiente, seguir el argumento que sugieren los hechos hasta su conclusión lógica y expresarse con libertad, es un acto heroico y solitario.

San Pedro Sula

Agosto 7, 2001

E. LA MODELACIÓN SOCIAL. Reflexiones sobre el entramado prensa - poder

Julio Escoto

Comprimido de un contexto global

La experiencia histórica enseña que, en el proceso de su consolidación, las sociedades tienden a aceptar ciertas mediaciones que les facilitan la transmisión de los valores deseados y necesarios para conservar el equilibrio del tejido comunal. Es así como las peculiaridades, llamémosle individuales, de un núcleo hogareño se socializan y se acepta que otras instancias más allá de la familia intervengan para representar los intereses domésticos, a fin de figurar un compartido de nación.

Si al inicio fueron los padres quienes pasaron de generación en generación los conocimientos ancestrales (tronco genealógico, autoridades, apellidos, ascendencia, relaciones paternas y maternas, memoria íntima, proyectos y proyecciones de cada núcleo), ahora se permite que otras entidades supuestamente concordantes (tutores para los oficios, Iglesia, luego Estado y Escuela) compartan la tarea de formación y modelación de la sociedad, inducido todo ello por la complicación que los nuevos saberes imponen, o que tecnologías recientes demandan, los cuales se salen del dominio cultural de los progenitores.

Es de esta manera que el adolescente (mayormente "él", y poco "ella") pasa a depender, para ser preparado en los ritos de paso, del rigor de personas y organismos extraños que, bajo el supuesto de mayor formación o "sabiduría", no sólo reproducen valores técnicos tradicionales sino que injertan otros provenientes quizás de universos más desarrollados, de patrones antagónicos que disienten de la norma e incluso de formas contestatarias que implican niveles de riesgo y disonancia con lo consentido y habitual. Por lo menos en el arte (que es refractario de alguna realidad) este ha sido el proceso. De pronto a Romeo no le importa la nobleza de la sangre montesca sino lo sensual de la capuleta; el Cid Campeador no vacila en romper su código de honor y mentir con tal de conquistar el favor monetario de los hebreos prestamistas; más adelante el Duque de Windsor batallará contra el propio sistema para configurar su antítesis de amor, antítesis en cuanto apartamiento del canon secular. Los pueblos, pues, no pueden coexistir sin la aceptación de diversos grados de antagonismo en su seno, pues sólo de esa forma se dispara la espiral de la renovación y el cambio, que es decir del refrescamiento, empuje y avance de la sociedad.

Quizás sea atrevido afirmar que hasta inicios del siglo XX esta fue, en general, la fórmula natural programática con que el hombre accedió de un estadio a otro de progresión, pero parece muy lógico desde la perspectiva de la contemplación distante. Hagamos una pausa personal para entenderlo.

En algún momento de mi carrera de estudiante de Letras en la pasada Escuela Superior del Profesorado (hoy Universidad Pedagógica) mi padre, un conservador inteligente, decidió drásticamente separarme de aquella didascalia para él groseramente subversiva. Durante los años de enseñanza, cada estación de asueto yo retornaba a casa armado con inquietos argumentos para desafiar su visión de mundo, y le discutía con una pasión más digna de atrevimiento que de teorización. Dudaba de todo, invertía los términos de referencia, citaba de memoria a autores extraños,

mostraba una dudosa tendencia hacia la problematización. El "ordenado" mundo sobre el cual mi padre había construido sus percepciones regulares se le disolvía anegado en el ácido de una dialéctica no por recientemente aprendida menos controversial, y las noches de vacación transcurrían en discusiones interminables, silogismos espontáneos, dudas sobre si mostrar o no a la mesa la instrumentación marxista que yo había acumulado, hasta que adoptó su perentoria decisión. Debía dejar de inmediato la Escuela Superior (en aquel entonces ágora de pensar y replicar), asunto que sólo se resolvió hasta que una dupla de amados maestros se trasladó desde la capital para convencerlo de mi retorno, en primer lugar, y para asegurarle, en segundo, que su vástago renunciaría a continuar sosteniendo los postulados contestatarios de esa modernidad malévola.

Perdone el lector que me extienda un párrafo más en esta saga anecdótica pero es interesante contar que el corolario de esa confrontación tuvo un precioso efecto. En una de tantas visitas a la casa familiar descubrí (sorprendí) a mi padre leyendo al por entonces iconoclasta Ernesto Cardenal, volumen que yo había dejado allí para el azar (o para involuntaria clarificación de inclinaciones). En ese tejido delicado que es siempre la relación padre - hijo - para él cubierto de dudas sobre mi futuro, para mí cargado de cuestiones sobre su pasado— se adelantó durante el almuerzo y elogió a bocajarro la maravilla que era la vena del "Poema a Marilyn" del nica poeta, aquello donde ella alza el teléfono en su particular circunstancia agónica, sin nadie a quien más llamar que a su propia conciencia, y se encuentra con que Dios está con el auricular ocupado. Estudiante de Letras al fin, le dije que el texto pudo haber sido mejor elaborado, pero él se defendió ariscamente, lo esencial no debía ser la forma sino la sustancia, dijo, estábamos no cambiando de mundo sino al mundo, lo que había sido hasta hoy estereotipo podía significarse en una diferente trama de comprensión, partíamos, dijo, no del deseo sino de lo deseado y mis profesores debían estudiar más. Mi padre era un hombre naturalmente brillante y algo había prendido en él que por entonces ni yo mismo comprendía. Esa vez acepté permanecer callado. Repetía, sin saberlo, el esquema típico de progreso de la sociedad: las generaciones apropiándose del saber colectivo, modificándose unas a otras, resolviendo sus diferencias en actos de reafirmación no siempre meditados o voluntarios.

Permanencia y temporalidad

Hasta mediados de la década de 1950, cuando se imponen en el orbe formas nuevas de comunicación (masificación de la prensa escrita, TV, radio), esa era la media habitual de enfrentamiento y conciliaciones, y por algo peñas y tertulias literarias marcaron el flujo discursivo de los siglos XVIII y XIX. La trascendencia del análisis se fincaba más en el trabajo reflexivo que en la investigación y gran peso de la expectativa pública se centraba en lo interpretado: la línea Maginot no era sólo emplazamiento físico sino una concepción militar; se discutía la ética de emplear el gas mostaza, no su efecto letal, por demás sabido; comenzaba a ser polémica la tendencia Hearts de publicitar el escándalo, inventar reportajes, imaginar situaciones como dadas, fraguar reacciones. La prensa, nunca como entonces, comenzó a modelar a la opinión pública, un efecto que sólo podía proporcionar la modernidad. De repente el estallido del "Maine" significaba una política, no sólo un accidente

militar; Haití no era una república sino una tribu a la que había que someter a normas civiles (que justificaban invadirla y corregirla); Caamaño fracturaba en República Dominicana las reglas y debía someterse; estos pueblos ariscos requerían al Gran Mediador que los extrajera del hundimiento apocalíptico y la prensa siempre estaba allí no sólo para documentar y atestiguar sino para cuestionar, elucidar, revelar heroicidades (Sandino es, por ejemplo, el primer revolucionario americano provisto con una poderosa caja de resonancia de publicidad, orquestada por Froylán Turcios) o para detectar, como después, en la década del 80, sutilezas imperiales (según la posición oficial, los freedom-fighters de Reagan nunca dispusieron de campamentos en Honduras, hasta que el New York Times divulgó fotografías de sus rostros feroces en la base Aguacate, a escasos kilómetros de la capital, Tegucigalpa).

La prensa, sobre todo la internacional, se las arreglaba para registrar en las gavetas recónditas y proveer material de información confiable, asumía su papel de barómetro de la sociedad. Mucho del cambio mental operado modernamente en el individuo diario ante fenómenos que se deseaba pasaran inadvertidos (la guerra de Vietnam, el escándalo de Watergate, el minado de puertos en Nicaragua, las contradicciones de poder durante el gobierno de Roberto Suazo Córdova) fue provocado por los medios de comunicación, los que no sólo para mayor venta de ejemplares sino por condición ética se sentían obligados a salvaguardar su posición garante de algún nivel de verdad pública.

El estilo decimonónico, pues, de revelación, comentario y análisis se impuso durante mucho tiempo, al amparo del principio de la libertad de la prensa para desempeñarse como un cuarto poder, libremente electo, ratificado cada día por el lector al adquirir su copia del diario.

Pero en el contexto también fueron imponiéndose las otras dos formas de comunicación masiva, la radio y la televisión, dueñas de sus propios códigos de operación y más constreñidas por presiones de tiempo, visualización y competencia. El público de estos dos medios era más anónimo e invisible que el de la prensa escrita, más volátil en su lealtad y en la permanencia de su sintonía, tanto urbano como rural, alfabeto o iletrado, y afecto además a aquel otro componente que la letra impresa era incapaz de reproducir: la música, y la radio al principio, luego la televisión, no sólo reacomodaron el mercado de la comunicación y la publicidad sino que además empezaron a rivalizar con el periódico al ofertar información y noticias, casi desplazándolo en la preferencia colectiva.

Excepto que por operar con costos fijos rígidos y sin capacidad para hacerlos elásticos según la aceptación del público, estos dos medios electromagnéticos tenían diferentes exigencias. Mientras que el diario podía variar el tiraje de un día a otro, conforme hubiera o no informaciones sensacionales, tv y radio estaban obligados a sostener la misma señal. En la prensa escrita el diario era el mensaje; en tv y radio, sonido e imagen eran sólo el canal. Esto condujo a polarizar abiertamente el modo de manejar en ellos tres los contenidos: el editorial y la columna de opinión, incluso la captación de grandes firmas analíticas, quedaron como enseña del periódico, mientras que tv y radio se especializaron en la prontitud, la rapidez y la brevedad, así como el breve span de concentración del ser humano (promedio 10 minutos) les obligó a

perfeccionar los titulares - en especial en la televisión - en detrimento de la profundidad.

La fugacidad de tv y radio, su exigua temporalidad, a diferencia de la relativa "permanencia" del diario (que podía ser archivado y recordado) en la atención del lector, configuraron su distinta presencia ante los administradores del poder. Un editorial o un artículo podían ser rebatidos o desmentidos exactamente al día siguiente de su aparición, dándose incluso la posibilidad de alcanzar al mismo público que hubiera leído la versión anterior. En radio y televisión no. Las audiencias, mucho más móviles, particularmente en comunidades altamente analfabetas, recibían el impacto informativo en el mismo instante de su emisión provocando la reacción inmediata, consciente o inconscientemente elaborada, que les hacía actuar asimismo de manera pronta. Estos dos medios, por tanto, debían ser sometidos a una más rigurosa legislación que la atinente a la prensa escrita y, en lo posible, ser también mucho más observados y vigilados, sujetos a controles especiales que regularan su potencialidad de aquiescencia o de disensión con el poder. En el caso de Honduras, como de otras naciones latinoamericanas, esta es la razón de que existan organismos estatales expresamente dedicados a monitorear tv y radio (Conatel) y prácticamente ninguno para la letra impresa. O bien, igualmente en Honduras, que fuera esa la causa para que durante décadas el manejo de las comunicaciones se depositara absolutamente en manos militares (Hondutel), volviendo al espectro electromagnético una área de significación estratégica.

Desde luego que esa disposición estatal no tenía como primer fin resguardar al Estado de amenazas externas o de vecinos inamistosos, sino del incómodo disenso de la crítica interna. Un periódico podía ser clausurado en forma casi instantánea (militarización de La Prensa en 1967) pero una radio podía continuar operando en audiciones rebeldes hasta su suspensión definitiva (Radio Progreso, 1979) o bien transmitir en condición clandestina sin ser físicamente interceptada (caso de las emisoras voceras de movimientos revolucionarios), y de allí la intensa preocupación legislativa por normar todas sus variables.

Asimismo, tanto radio como televisión resultaron indispensables, más que el periódico, para asegurar el sometimiento de la población en casos emergentes. Desde 1956 todos los golpes de Estado ocurridos en Honduras se viabilizaron a través de la radio y en parte de la televisión, con los diarios actuando a posteriori. La radio fue no sólo el vehículo masivo de comunicación para dar a conocer las proclamas golpistas sino - y esto merece estudio semiótico aparte - para acondicionar al oyente en el uso de los códigos testificales de cada situación. En la Honduras de las décadas 60, 70 y 80 la "Marcha Radetzky" de Strauss padre fue el ícono fónico que, interpretado a la madrugada, aseguraba la inminencia de un coup d'Etat castrense. Igual que, por esa educación radiofónica, ningún hondureño mayor puede escuchar la clásica "Marcha Fúnebre" de Chopin sin dudar de que anunciará un deceso, la "Radetzky" provoca a muchos, aún hoy, escalofríos que evocan los tristes decenios de imposición militar.

El clima político cambió, sin embargo, y para inicios de 1990 las figuras de control vertical concluyeron por ser ostensiblemente groseras. Cierta propensión a la democracia, estimulada desde el exterior y de la ansiedad de los pueblos mismos,

obligó a oxigenar los sistemas represivos y a sustituirlos por cánones de actuación más abiertos, casi transparentes. Se liberó en mucho a los medios para escoger sin censura sus propios contenidos y materiales de trabajo, y más tarde, dentro del horizonte de una previsible globalización, se les dio carta blanca, o patente de corso, para desempeñarse al tenor de las regulaciones espontáneas del libre mercado. Dos interesantes fenómenos comenzaron entonces a escenificarse.

La modelación social

El primero de ellos sucedió dentro del proceso de modelación de la sociedad. Ausente de ataduras, desvanecido (turbio más bien) en mucho el espejo de su responsabilidad ética social, el medio (id est, prensa, radio y televisión) se dedicó a competir por captar audiencias, frecuentemente sin importar los recursos para lograrlo. De pronto la sociedad tradicional y doméstica —en gran parte rural y por ello conservadora en su apropiación de principios, "Católica" en el sentido de percepción del mundo como tablado de lucha cósmica entre el bien y el mal— se vio asaltada por imágenes y voces que rompían su habitual pudibundez. Desnudos pocamente estéticos, relatos rojos de violencia hasta entonces inusitada ocuparon las páginas de los diarios, y aquellas series de elemental humor anglo con que arrancó la televisión en la década de 1960 en Honduras (la perra Lassie, el buenazo de Superman, el Show de Dick Van Dyke, el tosco Bono y la espectacular Cher, Lucy, Mi Mujer es Hechicera), que en alguna forma reproducían valores familiares, con todo y sus conflictos al final enmendados, se fueron extinguiendo para dar paso a la más cruda virulencia de un Hollywood que se separaba de las cursilerías bíblicas de Cecil De Mille y se aventuraba a conquistar el público de posguerra, esencialmente urbano y de mayor poder adquisitivo. "Rebelde sin Causa", con James Dean, debe haber sido como el pistoletazo inicial de la carrera voraz por el bien máspreciado del espectador, su dinero, quedando atrás cualquiera otra preocupación moral o cualquiera otra responsabilidad social.

En tal teatro colectivo también hubo actores perdedores. En Latinoamérica la Iglesia comenzó a sufrir las competencias del pensamiento luterano, más ágil, menos boscoso, incluso permisivo, hasta culminar en el corolario de las sectas actuales. Según un autor sampedrano, Juan José Herrera, hacia 1958 Monseñor Antonio Capdevila estuvo a punto de iniciar en la ciudad una cruzada pública para declarar anatema sobre el Instituto Evangélico de educación secundaria, temiendo que, como en efecto sucedió, la catolicidad de su grey se debilitara. Hombre visionario Monseñor, a su manera, ha de arrepentirse, donde se encuentre, de su indecisión.

Pero, aparte de esos rangos de relativa espiritualidad, la radio y la televisión también comenzaron a asimilar y reproducir los valores de la individualidad a ultranza, la insolidaridad, el provecho individual y el canibalismo social que caracterizan al más crudo corpus capitalista. Si no cometo error, creo que hasta la década de 1970 el 4 de Julio era en Honduras fiesta oficial, con asueto escolar incluido. Luego arribarían Halloween y Acción de Gracias, y en algunos centros escolares de clase alta se celebra además el Día irlandés de San Patricio, no distante del calendario dedicado al indígena Lempira. El sistema educativo estatal y el privado conocieron entonces de la poderosa presencia de otros agentes multiplicadores de valores, a los cuales se hacía

cada vez más difícil resistir, la radio y la televisión. Ya es un axioma aseverar que un infante que contempla televisión cuatro horas al día presencia en ese lapso por lo menos diez actos de homicidio, con las delicadas consecuencias que eso origina en la sensible captación de visión de mundo a que el infante está perennemente sometido. La globalización, pero la del deterioro, llegaba para quedarse.

El proceso de esa nueva modelación ha sido tal que puede afirmarse empíricamente, pues falta la investigación para avalarlo, que no fue la sociedad la que modificó sus valores sino que fueron los medios los que se los hicieron cambiar. Un estudio comparativo podría demostrar, como ya se ha hecho en EUA (ver mi libro "El Ojo Santo"), la existencia de un hilo causal entre eventos violentos dramatizados en la televisión y la vida real. Y si bien es aceptado que la televisión no genera violencia, ha sido comprobado que la alimenta, particularmente en el seno de una comunidad que carece de otras ofertas de legitimización social y de oportunidad de refuerzos sistemáticos a su conciencia de identidad.

No menos trascendente es el caso de la radiodifusión, que arrancó con sumo apego al pálpito nacional y que en recientes años ha caído en manos de comerciantes amorales que no vacilan en utilizarla para chantajear políticamente a autoridades y a la sociedad civil, o que, como comienza a ser moda, la emplean para transmisión de programas que encienden el morbo del oyente, en algunas situaciones con extrema vulgaridad.

Lo hermoso de estos vehículos comunicativos, que podrían ser usados para educar a la sociedad, se ha disipado. La mentalidad gubernativa, empeñada a fondo para imponer la fábula del *laissez-faire*, se desentiende de su función democráticamente reguladora y entrega la misión de modelar cívicamente a quienes son, en muchos casos, sus peores sujetos, arribistas que offician de comentaristas y guías de opinión, conductores de escena que trafican arbitrariamente con una propiedad del Estado, cual es el circuito electromagnético y, lo más grave, que en su afán pecuniario no admiten reglas éticas. De no realizarse una corrección, Honduras está a punto de sumergirse en un curioso estado de disolución moral que, si bien será interesantísimo para los antropólogos, en su esencia resultará crítico para la supervivencia nacional.

Carrera de galgos entre corruptos

El segundo fenómeno es a la vez terriblemente discreto y espectacular. La aventura democrática iniciada en la década del 80 en casi toda Latinoamérica obligó a los administradores del Estado —y a la sociedad civil— a diseñar nuevas formas constructivas con el llamado Cuarto Poder. Atrás debían quedar (aunque no siempre quedaron) los términos verticales de referencia que hasta entonces se estilaban y los medios fueron paulatinamente reconocidos como lo que siempre habían sido, empresas comerciales, epidérmicamente sensibles por ende a principios de control, inaceptables en la nueva atmósfera de libre mercado.

A fin de fomentar la deseada globalización las frecuencias radiales y televisivas pasaron a ser objeto de subasta pública, creando así en sus operadores, de facto, la impresión de propiedad total. Y para no intervenir en el clima autónomo con que los actores debían autoregularse según las leyes del mercado, se les liberó de la

aplicación de los códigos de ética que tanto pregonaba la prensa de inicios de siglo, se permitió la concentración de medios en pocas personas o grupos de poder, se dejó a libre albedrío la formulación de tarifas y, lo que es peor, el Estado abandonó todo interés para equilibrar los volúmenes de contenidos y de publicidad dentro de los horarios de transmisión.

Cual broche de oro, el Congreso eliminó de la ley la obligación que los medios tenían para dedicar un porcentaje de sus espacios a temas cívicos y culturales. Un bromista consuetudinario ha acuñado la frase de que a partir de ese momento Honduras dejó de ocuparse de las relaciones interplatanaras típicas de su castiza economía para aspirar a las interplanetarias.

Todo ese proceso desde luego que pudo haber encontrado un justo balance de haberse ahondado con honestidad en el cambio democrático. Lo que se suponía era que, al estilo en algunos países desarrollados, la prensa (entendiendo por tal los medios de comunicación y sus políticas y contenidos) adquiriera plena libertad para no depender de las variaciones usualmente imprevistas del poder. Facilitando una prensa independiente se aseguraba la autodeterminación, el debate ideológico, el ejercicio cívico y el predominio de los criterios de la sociedad civil en la talla del destino colectivo. Unidos gobierno y pueblo en ese diálogo, el intercambio de protagonistas propiciaría las condiciones para abonar fértilmente la naciente democracia, erradicando para siempre la imposición y el influjo partidario sobre los derechos de palabra y opinión.

Lo que aconteció más bien fue una interesante carrera de relevos. El nuevo reino usufructuado por los medios, y particularmente su capacidad para dosificar la información, atrajo primero el coqueteo y luego el intento de manipulación por parte de políticos en ascenso, en permanencia o descenso. Los noticieros hondureños, en especial de las dos grandes cadenas de radiodifusión, se tornaron en las décadas de 1980 al año 2001 en fuertes cajas de resonancia a través de las cuales se aireaba los problemas nacionales, dejándolos usualmente en ese llano ejercicio verbal. Con lenguajes analíticos o vacuamente semánticos, estas prácticas se han constituido, durante el par de decenios, en virtualmente el único foro accesible a las masas para calibrar la inteligencia y solidez de sus proponentes políticos, con resultados que oscilan desde la más visceral mediocridad a chispazos ocasionales de lucidez. El argot periodístico llegó a inventar, incluso, un término despectivo para sus más asiduos visitantes en prensa y radio: los "todólogos", es decir funcionarios o aspirantes a serlo, con la maravillosa capacidad para discurrir sobre todo tema crucial para la nación. La población, divertida al extremo, hizo de estos espacios una jovial distracción para disipar los problemas del día, pero aún así la oralidad vana sólo ayudó a construir nada.

Apostando a esos campos de elevado rating, tanto personas oficiales e instituciones de gobierno, así como grupos de oposición o en "la llanura", corrieron sobre la mesa sus fichas para ganar la apuesta. Ministerios, instituciones autónomas y organismos relacionados con el Estado asignaron en sus presupuestos soberbias cantidades de recursos destinados a pagar publicidad aparentemente neutral (mensajes informativos, divulgaciones, licitaciones, campañas educativas o de salubridad, saludos, cadenas

nacionales) de jugosos dividendos para los medios involucrados. En un acto que sólo sirve para comprobar la recurrencia viciosa del sistema, o bien el servil halago de los ministros hacia su Poder Ejecutivo, el diario con mayor acopio de publicidad (páginas tras páginas en vivo color) que ha existido en Honduras en todas las épocas es "La Tribuna", cuyo promedio mensual pautaado por entes institucionales es de 100 páginas (al tenor de US\$ 80 000.00 al mes). ¿Accidentalmente?, ¿curiosamente?, el diario pertenece al actual Presidente de la República (2001).

El efecto bumerang

Durante años (1976 a 1990) los medios hondureños dependieron significativamente de esa publicidad para sobrevivir, pues el Estado se fue constituyendo paulatinamente en su principal patrocinador. La facturación por pauta oficial pasó de un escaso 11% en 1969 a 42% en 1980 para luego ascender verticalmente en 1986 al 51%, descender en 1990 y espiralarse en los años conclusivos del siglo (cálculos personales), lo cual no implica sino una importante vinculación de la prensa "libre" con el poder gubernamental. Para diarios jóvenes como "El Nuevo Día" (San Pedro Sula, ya desaparecido), los insertos sobre licitaciones, reproducciones obligatorias de "La Gaceta" (vocero oficial), contestación de demandas, regulaciones, ordenanzas, informes de impacto ambiental y otros llegaron a definir el delgado vértice entre continuidad y desaparición. Hubo un instante (Febrero, 1999) en que la factura oficial señaló meridianamente si el periódico aparecía o no al día siguiente.

La dependencia, no obstante, generó anticuerpos. Al aproximarse los períodos electorales cuatrienales —cuando el gobierno alcanzaba su débil nadir, o bien cuando las finanzas públicas revelaban sustancial fragilidad de crédito— los diarios, radioemisoras y televisoras comenzaron a exigir avales, ya que la pauta comprada por este gobierno podría no ser reconocida por el posterior, las personas publicitadas podían desaparecer tras el día de votación y sus firmas carecer de respetabilidad, la asignación presupuestaria de 2002, por ejemplo, sería distinta a la del 2001, por darse una nueva administración. Se requería garantías, letras de cambio, pagarés, pago anticipado. Hacia Agosto de 2001, que es cuando se escribe esta reflexión, cinco radiodifusoras de San Pedro Sula comisionadas para difundir la campaña del candidato Rafael Pineda Ponce han suspendido temporalmente las emisiones por deuda de tal grupo político y, es más, prescriben desde entonces acuerdos bancariamente respaldados. El efecto bumerang, aquel en que la hasta entonces víctima se vuelve victimario, ha empezado a funcionar.

Para mantener su atractivo sobre la intelectualidad de la clase periodística (he estado a punto de escribir intelectualidad entre comillas, tal el desprestigio general del gremio) desde 1980 los entes de poder han recurrido a su nuevo y singular artificio de seducción, cual es el de los galardones estacionales. Mientras que los premios nacionales en Literatura, Arte y Ciencia (tres distintas categorías) tienen cada cual una asignación de aproximadamente US\$ 194.00 por año, monto con que se distingue la labor intelectual de toda una vida, el congreso o la presidencia de la república giran cheques de cinco dígitos, de una sola vez, a la selección de fútbol, o bien reparten subsidios personales que quintuplican aquella cantidad. Honduras, que es famosa por la curiosa lluvia de peces que ocurre periódicamente en la localidad de Yoro, presenta

desde esa década otra original exhibición: la de ser el territorio ístmico con mayor cantidad de premios de periodismo y similares, diluvio de efectivo y regalos que alcanza su eclosión en Mayo, cuando se celebra el mes de los periodistas. Hasta hoy no conozco a nadie del gremio que haya protestado por ese indecoroso manoseo público.

Si se recopilara la lista de invitaciones y agasajos que prácticamente todo el gobierno ofrece durante prácticamente todo el mes e incluso Junio y Julio a los miembros de la prensa, la agenda sería no sólo cómica sino patética, y baste añadir muy objetivamente que nadie sería capaz de atenderla en plenitud. Desayunos, almuerzos, brunches, cenas, refrigerios, barbacoas, cócteles, saraos, paseos al campo, excursiones, todo profusamente regado con alcohol y halagos, citan a reporteros, fotógrafos, propietarios de medios, directores, funcionarios e incluso secretarias a disfrutar la entente así formalizada entre prensa y poder. Los premios de periodismo instituidos por el Congreso, el Ejecutivo, ministerios e instituciones autónomas comprenden, además y lógicamente, preseas, diplomas y bonificaciones en metálico ampliamente publicitadas, por lo que cada Mayo el país es un hervidero de rumores, negociaciones y celos conforme se va revelando la escogencia de los ganadores. Durante la ceremonia de entrega —y con alguna honrosa excepción— autoridades y periodistas se deshacen en elogios mutuos o bien se pronuncian encendidas piezas oratorias que transpiran sacrificio y amor a la patria o que repasan el catálogo de sus males y sugieren tímidas correcciones.

Adicionalmente, también en Mayo se desarrolla una premiación más discreta, cual es la de los regalos "personales" que los oficiales de gobierno hacen a los reporteros que cubren su fuente, y que varía desde un lapicero de marca a boletos aéreos, licor, prendas de vestir y dinero en efectivo. El Cuarto Poder se confunde entonces en cómplice y estrecho abrazo con autoridades y empresa privada, lo que desde luego genera profundas implicaciones éticas.

En efecto, desde aquella primera transacción en que los medios eran buscados para ser complacidos y conquistados, ahora son estos los que, en espera de las gratificaciones mencionadas, tuercen anticipadamente la objetividad de la noticia, se mediatizan y autocensuran sus opiniones. Mientras que en una puerta hace su aparición el periodismo mensual u ocasionalmente tarifado, por la otra salen el rigor profesional, el canon ético, la función crítica y la misión modeladora hacia la sociedad. Es más, procesos delicados de extorsión mutua se ponen en marcha y los editoriales escritos, los campos radiales de opinión o los programas televisivos de entrevistas y orientación entran a competir en el monopolio de influencias, distorsionando en globalidad su conducta moral. De esta forma, entonces, el periodismo, la prensa en general, transan en la bolsa política sus acciones, de acuerdo con el libre mercado, sólo que ahora ya no con fines pecuniariamente edificativos sino con circulante de principios y valores. Las casillas del juego perverso han sido llenadas y sólo queda nivelar sus vasos comunicantes para correr entre ellos el flujo de la corrupción.

Colofón

El maridaje entre prensa y poder en Honduras desde luego que repite esquemas ya perfeccionados en naciones desarrolladas, excepto que en esas la sociedad ha evolucionado de tal forma que cuenta con otras instancias capaces de desmontar y develar lo incongruente y demandar transparencia. De allí que para el país sea trascendental fortalecer las entidades democráticas independientes y asegurar para ellas una primera plataforma de sustento desde la cual impulsar acciones civilizadoras.

Es obvio asimismo que gran parte de las fuentes de donde se alimenta ese intercambio prostibulario residen en el manejo discrecional de las cuentas del gobierno, específicamente las dedicadas a publicidad oficial, pues es a través de ellas que se institucionaliza la corrupción. Y si bien la empresa privada participa de algún modo en el proceso, es más bien con su silencio y su aceptación que valida la continuidad del deterioro. Se vuelve ya evidente que nuevos códigos de conducta empresarial están siendo necesitados, unos donde sin obliterar el lucro, y más bien para protegerlo, los líderes de la industria y el comercio deban asumir y exigir que la prensa se conserve independiente del Estado, de modo que la información y la orientación que nutren sus decisiones no sea viciada.

En términos globales es claro que la sociedad toda está demandando un cambio en la situación pero que carece de formas prácticas para expresar el disenso. En los próximos años otras propuestas alternativas deberán ser diseñadas e implementadas (boletines gremiales, semanarios, periódicos municipales, radios comunitarias) si se desea revertir el modelo actual, replicado de manera constante por las nuevas generaciones de comunicadores que ingresan al ejercicio profesional. La sociedad debe aceptar que se encuentra en una etapa crítica de desecho, generación y apropiación de valores, para adoptar otros modernos y democráticos, y que necesita urgentemente emprender ejercicios de terapia postraumática y reeducación, pues afortunadamente los seres vivos —y la sociedad lo es— pueden sanarse a ellos mismos.

Lo opuesto sería el caos.

F. PERIODISMO TRIVIAL

Juan Antonio Medina

Fue Samuel Butler quien acuñó una frase rotunda: "Banalizar la vida y trivializar la muerte son estúpidas constantes de la raza humana". Puntual como pocas, la cita resulta idónea para iniciar una travesía por los cada vez más escabrosos senderos del periodismo hondureño actual, sobre todo, por los caminos de una marcada tendencia hacia lo baladí, del juego con la trivialidad o la preponderancia de lo insustancial y común en medio de la realidad terriblemente patética.

El fenómeno tiene tantas variantes como vertientes; además, encierra su propia gramática y una codificación que se construyen —o se ocultan— mediante esquemas y mecanismos muy sutiles. No se trata, pues, de un lenguaje fácilmente discernible; las claves de la manipulación son siempre opacas, ambiguas, más metonímicas que metafóricas; de ahí su contundencia y eficacia, especialmente cuando —como ocurre en los medios de comunicación hoy y aquí— adoptan formas convencionales para entremezclar o disfrazar contenidos precisos.

El uso de tales convenciones, como enmascaramiento del verdadero mensaje, es harto variado y ha sido objeto de innumerables estudios semióticos o análisis semiológicos en otras latitudes y desde hace mucho tiempo: Packard, Eco, McLuhan, Tuchman, Ganz y Edmund Lambeth son algunos de los teóricos empeñados en develar las truculencias de los mass media, término amplio y universalizado durante el siglo veinte como sinónimo de comunicación masiva. En Honduras —excepción hecha de un magnífico texto de Julio Escoto sobre el tema—, aún no se ha realizado un examen exhaustivo ni una caracterización de los aspectos, entretelones, orientaciones semánticas y ramificaciones económicas de los medios; ha habido, sí, reseñas, comentarios, más de un ensayo e intentos de esclarecimiento al respecto (el presente es ejemplo de ello), pero limitados y parciales.

Quizás el hecho apuntado se deba a que, hasta ahora, el periodismo hondureño (impreso, radial o televisado) ha adolecido de un mimetismo, ridículo en ocasiones, que busca en fuentes foráneas moldes, estilos y comportamientos; de una manera u otra, los medios nacionales copian o reproducen modelos y estereotipos que han tenido éxito relativo en el extranjero: formatos de primera plana, ulular de sirenas, anticipos informativos, repeticiones visuales y toda una miscelánea de seudodebates, consejería astral, vodevil artístico y recadero telefónico; en síntesis, obsolescencia y mal gusto. Mirados así, no es difícil entender el por qué estos órganos informativos eluden un tratamiento hondo y sistemático y las razones por las cuales una crítica de los mismos resulte escasa y esporádica.

Semejante fantasmagoría de lo banal tiene sus raíces, probablemente, en la ausencia de profesionalismo periodístico; si bien el género se enseña en el nivel universitario y el proceso conduce a un título (útil en las pasarelas de la fama vernácula, imprescindible en la persecución del estatus), existe una serie de carencias significativas, de vacíos abismales en la formación intelectual que ofrecen los planes de estudio. El sentido de responsabilidad social exigido por el oficio —uno que requiere de valores, virtudes y principios excepcionales—, el compromiso ético y el

dominio de los excesos, para el caso, no trascienden el enunciado retórico y discursivo del 25 de mayo, conmemoración que ha venido trivializándose en premiaciones profusas y festejos prolijos.

Todo lo afirmado anteriormente podría referirse y aplicarse en el contexto hondureño de otras profesiones: es evidente que el mundo académico enfatiza algunas habilidades observables, destrezas prácticas y aptitudes en lo técnico; pero, al mismo tiempo, evade la esencial valorización del saber y la edificación, sobre los sólidos cimientos de una ética irrenunciable, del interés —genuino y sin aviesos propósitos— por aquellos intangibles como la verdad, la solidaridad con el prójimo y la moral ciudadana; es, pues, no sólo una falla epistemológica sino, también, deontológica que se magnifican en el ámbito del periodismo.

Por supuesto, no siempre ha sido así. En sus avatares históricos, la prensa nacional ha tenido momentos brillantes y sobrevivido aun en períodos de violenta inestabilidad política, cruentos paroxismos y crisis insólitas. No debe olvidarse que este país, en los últimos dos siglos, vio el arribo al poder —por las malas en la mayoría de los casos— de setenta y tantos gobernantes, la promulgación de trece constituciones y un cúmulo de hechos inverosímiles, tan pasmosos como brutales; desde una perspectiva optimista, la historia de Honduras deviene material precioso para una hipotética novela del absurdo o para una tragicomedia con entremeses. Y es en ese contexto donde hombres como Ramón Rosa, Turcios, Molina, Paulino Valladares y Salatiel Rosales (para nombrar a algunos), sin pasar por aprendizajes formales y sin ser inmaculadamente puros, sentaron cátedra de periodismo del bueno: incisivo, irónico, pero orientador e ilustrativo además.

Con altibajos, esa tradición se mantuvo incólume y ejemplar, tanto en el diario impreso como el radiofónico e inclusive cuando el surrealismo del entorno —grotesco y pintoresco a la vez— cedió el paso, en los ochentas de la pasada centuria, a un angustioso páramo de sombras.

La época todavía despierta incredulidad y continúa retando a la imaginación: desde afuera, y en complicidad con agentes internos, se engendró la atmósfera mortal en que sucumbió casi toda una generación; generación culpable de leer a Brecht, tararear a Violeta Parra, entusiasmarse con el sandinismo de entonces o de, simplemente, dejarse el pelo largo. La desolación se abatió sobre las ciudades, el país se llenó de retenes y un miedo visceral pobló las calles; el susurro sustituyó la vocinglería habitual y la desconfianza fue norma; se perdieron la risa y la sonrisa, aun el machismo del sonsonete folclórico. Se desapareció a las gentes. Y mientras, desde su siniestra guarida, el procónsul tendía negros puentes hacia la ignominia, un general atrabiliario y mesiánico imponía la bestialidad en los gremios, los colegios profesionales, los partidos políticos, las cortes y el gobierno de una república impotente, inerte y azorada.

En medio del espantoso aquelarre, sin embargo, hubo quienes decidieron alzar la voz y rasgar el atroz silencio utilizando el sitial, conquistado con el prestigio que confieren los años de experiencia, que les correspondía en el periodismo hondureño. Conocían el riesgo: no sólo ponían en precario su posición laboral, sino en inminente peligro sus propias vidas y las de los suyos; no obstante, con prudente inteligencia,

asumieron tan delicada responsabilidad, conscientes de sus actos y dispuestos a demostrar que la libertad de expresión —como lo sabía Martí— pertenece al pueblo. Los nombres de estos ciudadanos verticales son varios, pero la memoria suele ser ingrata en ocasiones; de ahí que baste uno para significarlos a todos: Don Ventura Ramos.

Han transcurrido más de veinte años y se podría suponer que aquella terrible etapa habría dejado una lección vigorosa de ética periodística y de veraz pundonor en la prensa nacional. Por el contrario, y en la medida con que se validan los avances del formulismo democrático (alternabilidad en el ejercicio gubernamental, decrecimiento del militarismo y sujeción de éste a los poderes civiles del estado, cada día más independientes entre sí, etc.), se hace notoria una desafortunada agudización de los males y deficiencias que, además de menoscabar o minar su lado positivo —porque lo tiene—, permean y hacen vulnerable al periodismo hondureño en la actualidad.

Ya se había señalado, en los comienzos de este escrito, una serie de yerros y defectos en los medios (afán mimético, intrascendencia, sensacionalismo y esquemas estereotipados u obsoletos), producto probable de este subdesarrollo endémico, feroz, que lo impregna todo y a todos. A ello, debe sumarse un absoluto desdén por la precisión expresiva —no se diga nada de la pulcritud verbal—, los sesgos de la información, el producto comercial ofrecido como nueva periodística; la tendencia hacia lo que, en otros lugares, se ha bautizado como reportaje de bulevar (más inclinado a ver la botella "medio vacía" que "medio llena") y, particularmente, la creciente costumbre de editorializar las noticias, vicio nefasto y de imprevisibles consecuencias para una prensa libre. Lo dicho es perfectamente constatable y debería atraer la atención de quienes, convencidos plenamente de su vocación y de las posibilidades extraordinarias del oficio, puedan hacer algo concreto para remediar el entuerto.

Evidentemente, el problema es complejo y heterogéneo; sus manifestaciones afloran, con alguna peculiaridad, en la radio, la televisión y el medio escrito; sin embargo, es en este último donde la gradual descomposición del periodismo reviste caracteres alarmantes.

Dígame lo que se quiera, pero es innegable que el periódico impreso sigue siendo el medio de comunicación social por antonomasia, aun en una Honduras con índices de analfabetismo inconcebibles en el siglo veintiuno. En un amplio sentido, sus rivales sólo le superan por la difusión y explotación inmediata de los acontecimientos; no obstante, el prototípico diario posee la ventaja de aunar periodismo de información y periodismo de opinión, ofrecidos al público como texto y fuente de inagotables relecturas (es curioso cómo, en el país, los órganos radiales y televisados se nutren de los escritos, sea con los titulares de la página principal o por vía del escamoteo noticioso; ello no es de extrañar cuando, como sucede generalmente, el reportero trabaja en ambos medios; los ejemplos abundan).

Y es ese atributo, el periodismo de opinión —presente alguna vez en los otros informativos, pero de mayor calado aquí—, lo que da al diario impreso su preeminencia; de ahí la preocupación de muchos observadores por la pérdida paulatina o el empobrecimiento de las interpretaciones valorativas en un medio de

tanta importancia y trascendencia como el escrito, fenómeno que reduce y convierte el pensamiento orientador en insulso y malicioso ajeteo, en entredicho y chisme.

El diccionario define el chismorreo como "Noticia verdadera o falsa con que se pretende indisponer a unas personas con otras o se murmura de alguna" (chisme proviene del latín "schisma": división); si se amplían sus denotaciones, es maledicencia pura, certera catapulta de injurias, diatribas, calumnia y difamación. En un periodismo identificado con los cánones éticos elementales, el chismoteo sólo se justifica cuando, lejos de agredir a la persona, insinúa sus bondades; de lo contrario, resulta inadmisibles, excepto cuando la publicación pertenece al mundillo frívolo del entretenimiento y el espectáculo; aun así, calza firma responsable.

Ejemplo claro de lo último es el caso de Walter Winchell, columnista norteamericano del siglo anterior y famoso por su falta de escrúpulos. Punto de partida de una exitosa especie —Ed Sullivan, Hedda Hopper, Louella Parsons y el virulento "Red" Smith—, Winchell adquirió celebridad en las páginas del diario The Evening Graphic, que triplicó sus ventas gracias a la intromisión del periodista en las intimidades ajenas; con todo, Winchell tuvo el cuidado de establecer una frontera entre sus comentarios deletéreos y la línea editorial de los periódicos al rubricar sus trabajos; de esa manera, dejaba para sí las consecuencias de sus textos y eximía a los diarios de responsabilidades legales, aunque no morales.

En realidad, el cotilleo periodístico (combinación de chisme y chiste) no debería sorprender a nadie en estos tiempos de cibernética e internet; pero, sí alienta suspicacias el hecho de que, como si se tratara de un malévolo conjuro, surja y se disemine con tanta rapidez en los cuatro periódicos mayores del país. Los "Apuntes", las "Pildoritas", el "Pssst...te lo cuento", "La cabulla"; lo "De buena fuente", el "Claro oscuro", el "Compendio legislativo", los "Dime y directes" y, ¡vaya!, un recién llegado "Cotilleo" son señales de que algo huele mal en Dinamarca.

Los códigos formales y conceptuales de esta súbita florescencia chismográfica esconden, tras la fachada de la liviandad, un sincretismo sui generis: presentan, simultáneamente, rasgos de la columna tradicional (con las excepciones del "Pssst...te lo cuento" y de "La cabulla", que ocupan casi o toda la página), tintes de "glosa", la subjetividad del artículo y la ligereza del "suelto"; al interesante híbrido hay que añadir la facilidad con que sus autores —anónimos, como los juglares— rompen los linderos que separan, teóricamente, al editorial de las gacetillas.

Estos malabarismos técnicos, comunes a todos los textos mencionados, generan una confusión lógica en el lector, quien no puede distinguir los límites entre la verdad informativa y la especulación ponzoñosa; repetido diariamente, visto en el mismo sitio y con igual tipografía, amparado en el anonimato y con una jerga plagada de apodosos y frases hechas (como muestra: "Aquel que dijimos", "pinochetío", "el terrorcito", los "pegatex", "el hombre de palacio", "el hombre de las siete décadas", "la mujer araña", etcétera), lo comentado en esas columnillas termina por ser trivial y tan baladí como sus subtítulos ("Reunión", "fusil", "manguerazo", "palique" y otras linduras de similar factura); tan banal como las "agudezas mentales" de un programa televisado, pero tan peligrosamente perjudicial para el futuro del periodismo

hondureño y la forja de una opinión pública como la avasalladora corrupción que galopa, hoy, en potro sin bridas.

Dentro de los contornos fijados por esta amenazante rutina, por la desvalorización acelerada de una de las profesiones más ilustres desde el Renacimiento, nadie es inmune ante la impunidad de la nueva casta. La aseveración de John Rawls respecto a que "Cada persona posee una inviolabilidad que se funda en la justicia y que incluso el bienestar de una sociedad no puede atropellar" se vuelve papel mojado ante un juego carente de reglas aparentes, pero regulado por su propia dinámica y obediente a los dictados de la falacia premeditada, entre otras cosas.

En definitiva, la trivialización de una problemática tan difícil de solucionar como la nuestra, su deliberada simplificación, no constituye sino una señal ponderable de que, a pesar del rumbo recorrido tan dolorosamente a lo largo del viacrucis histórico, todavía no recobramos la memoria colectiva.

No hay nada divertido en el paisaje sociopolítico hondureño: la educación es eufemismo, la cultura es paródica y la salud se informa en asambleas; la patria se debate en los campos del fútbol y la delincuencia se torna, también, trivialidad. Es la apoteosis del despiste, una tierra donde predomina el retorcido desconcierto y en la cual, como decía Jefferson, la única parte veraz de los periódicos son los anuncios.